EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

TOMAS EL QUINQUILLERO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO EN PROSA.

Ortiz



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De andaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos e
Los dos inseparable
La pesadilla de un c
La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huéspede
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres
Los amantes de Ter
La verdad en el espe
La banda de la Cond
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid
La Madre de San Fe
Las floresi de Don Ju
Las aparrencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria
La bolsa y el bolsillo
La libertad de Flore
La Archiduquesita.
La escuela de los ami
La escuela de los per
La escala del poder.
Las cuatro estaciones
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la C
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aj
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camach
La cruz del misterio.
Los pobres de Madri
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castila
La calle de la Monter
Los pecados de los pa
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda ceniciente
La peor cuña.
La choza del almadre
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vient
La agenda de Correla
La cruz de oro.
La caja del regimient
Las sisas de mi muje
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

TOMÁS EL QUINQUILLERO.

TOMÁS EL QUINQUILLERO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

DON M. ORTIZ DE PINEDO.

Estrenado con aplauso en el teatro del Novedades el 10 de Octubre de 1865.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAS.

TOMÁS.
FELIPE (a) EL ZURDO.
RICARDO.
EL CONDE DE LA OLIVA.
D. PEDRO DE HINESTROSA.
JUANILLO.
RAMIREZ.
LOPEZ.
SERAPIO.
BLAS.
UN JOROBADO.
UN POSTILLON.
MAGDALENA.
LUISA.
MATILDE.
EUGENIA.
PETRA.
Aldeanos, especuladores, vendedores, transeuntes, etc.

El prólogo en un pueblo de Cataluña; los cuatro actos restantes en Madrid.

PRÓLOGO.

LA CRUZ DE LA ERMITA.

Una esplanada en campo abierto que se extiende formando á manera de una plazoleta delante de la ermita situada en el fondo derecha. En el centro de la esplanada y segundo término, una cruz grande de piedra. En el fondo, árboles que siguen el hilo de un camino. Al alzarse el telon, aparecen aldeanos y aldeanas bailando unas seguidillas delante de la cruz, en cuya basa estan sentados los ancianos.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA, BLAS, SERAPIO, PETRA, ALDEANOS de ambos sexos.

ALDS. ¡Otra! ¡otra!

BLAS. (Levantándose de la cruz en que está sentado y dirigiéndose á los mozos.) Basta de baile... se acabó.

PETRA. ¿Por qué?

BLAS. Porque es muy tarde para seguir repicando las casta-

ñuelas. De aqui al pueblo hay un buen trecho y es preciso despedirnos del santo antes de emprender la caminata.

PETRA. ¡Bah! siempre ha de ser usted quien agüe la fiesta.

SERAPIO. Qué quieres... Como hace tiempo que dejó de ser muchacho, le gusta la formalidad.

BLAS. (Á Serapio.) Y á tí te gusta... la viuda.

SERAPIO. ¿Quién? Eugenia...

BLAS. Si, lo dicho. (Señalando á Eugenia.) Ahí la tienes, tan silenciosa como siempre; pero á buen seguro que no piensa en tí...

SERAPIO. Ni en tí tampoco. Vamos á hablarla. (Acercándose los dos.) Eugenia, ¿á que no acierta usted qué deciamos en este momento?

EUGENIA. ¿De mí?

SERAPIO. Que es usted la viuda que mas envidias causa á las solteras en diez leguas á la redonda.

EUGENIA. ¡Ya! vaya una broma...

BLAS. No era eso lo que deciamos.

EUGENIA. ¿Pues qué?

BLAS. Hablábamos de lo triste y silenciosa que está usted siempre.

EUGENIA. No se olvida tan pronto la muerte de un marido.

BLAS. Pues esa pena tan larga, tiene de mal humor á muchas personas.

PETRA. (Á Blas.) ¿Era para esto para lo que querias que acabase el baile?

BLAS. ¡Maliciosa!

PETRA. Señor Serapio, he hablado con todas las muchachas... y todas... todas quieren bailar otra seguidilla para salir de sus compromisos. (Á las muchachas.) ¿No es verdad?

ALDS. ¡Si, si! ¡otra, otra!

SERAPIO. Que va á ser de noche...

PETRA. Los domingos anochece mas tarde.

ALDS. ¡Otra, otra!

ESCENA II.

DICHOS, FELIPE (a) EL ZURDO.

FELIPE. (Con aspecto siniestro, manta y carabina.) ¡Eh! ¿Qué alboroto es este?

TODOS. (Con terror.) ¡El Zurdo!

FELIPE. Yo tambien vengo á bailar. (Se acerca á los grupos y todos se retiran.) ¿Qué es esto? ¿Pensais que voy á comeros, rebaño de brutos?

BLAS. (Adelantándose.) Ten cuidado con lo que dices.

FELIPE. Lo repito... ¡brutos! ¿Es que no te gusta la palabra? (Poniendo mano á la carabina.)

BLAS. Es que habia entendido otra cosa. (Retrocediendo.) ¡Qué hombre! (Á Serapio.) Mientras la justicia no le eche mano no se podrá salir del pueblo.

SERAPIO. Si el mismo alcalde le tiene miedo.

BLAS. Yo creo que todos los robos que se cometen en el camino real... un hombre que vive en medio del campo, solo... en una choza...

FELIPE. ¿Qué estais murmurando?

PETRA. ¡Bah! Nos hemos quedado todos como estátuas... ¿Y por qué? Porque una figura que nos desagrada á todos, ha venido, como siempre, á turbar nuestro baile. Hay mas que volverle la espalda y marcharnos á otro sitio...

TODOS. ¡Es verdad! Si, si. (Se retiran.)

FELIPE. (¡Brutos! Huis de mí porque soy menos bárbaro que vosotros... porque en vez de ser la víctima prefiero ser el verdugo... Y bien, despues de todo, yo no os necesito para nada. (Acariciando su escopeta.) Esta es toda mi familia.) ¡Eugenia! ¡Calla! (Á Eugenia, que se dirige á los grupos.) ¿Tambien estabas tú aqui? Oye... (Cortándola el paso.)

EUGENIA. No quiero... Déjame pasar.

FELIPE. Espera... (Deteniéndola.) Tengo que hablarte... ¿Insistes en tu idea de no quererme?

EUGENIA. Dí mejor de aborrecerte con toda mi alma.

FELIPE. ¡Orgullosa! ¿Es que te parezco mas feo y mas pobre que algun otro?

EUGENIA. ¿Algun otro?... ¿Qué quieres decir, mala lengua? Tú y todos me son indiferentes. Ya sabes que cuando murió mi marido juré no volverme á casar y... cumpliré mi juramento.

FELIPE. ¿De veras? Pues yo te digo que es otra la razon que tienes para no hacer caso á ninguno.

EUGENIA. ¿Cuál?

FELIPE. Que eres rica... que tienes mucho dinero.

EUGENIA. ¡Yo rica! ¿Hay alguien que lo sea en nuestro lugar?

FELIPE. Tú recibes de vez en cuando sendos bolsillos de dinero por cierto secreto... que guardas con sumo cuidado.

EUGENIA. ¡Un secreto!

FELIPE. ¡Hola ¿Te turbas? Todo se sabe. Tú ocultas en tu casa una niña.

EUGENIA. ¡Una niña!... Ment...

FELIPE. Si; una hermosa criatura... Nadie la viene á ver... ni el padre ni la madre; pero yo descubriré quienes son.

EUGENIA. (¡Dios mio! ¿Quién le habrá dicho?) Tú estás loco... no sabes lo que te dices.

FELIPE. La loca eres tú, que aborreces á un hombre que puede perderte con una sola palabra.

EUGENIA. No te temo... (Con altivez.) Tambien yo voy á bailar. (Ademan de correr hácia los grupos con fingida alegria.)

ESCENA III.

DICHOS, MAGDALENA. Esta en traje de camino y seguida de un postillon.

SERAPIO. ¡Eh! dejad paso. (La precede separando los grupos para que pase.) Á la señora se le acaba de romper la silla de posta en la carretera y viene á descansar del susto.

MAGD. (Reparando.) (La cruz... Si; este es el sitio... ¡Ah! Eugenia!... (Descubriendo á Eugenia.) Pero toda esta gente.., (Hace señas á Eugenia de haberla reconocido. Al postillon.) V

á ayudar al cochero... Estas buenas gentes me acompañarán mientras se repara el accidente.

SERAPIO. Pero á la señora, ¿no le ha sucedido nada?

MAGD. Nada... al salirse la rueda de su sitio, el coche dió un fuerte vaiven y me asusté. Pero que mi llegada no interrumpa vuestra fiesta... Segun veo, ¿estaban ustedes bailando?

SERAPIO. Ibamos ya á ponernos en marcha para volver al lugar... Todos los domingos venimos á bailar delante de la ermita.

MAGD. Pues no se detengan ustedes por mí. Con una que se quede...

PETRA. Diga usted que todavia falta una seguidilla.

MAGD. Entonces es preciso bailarla.

SERAPIO. ¿Y cuándo nos despedimos del santo?

BLAS. Ahora. Ea, vamos á la ermita. (Los aldeanos se dirigen á la ermita, cuya puerta no da al foro.)

EUGENIA. Pues entonces yo me quedaré acompañando á la señora.

FELIPE. Y yo tambien.

MAGD. (Á Eugenia.) ¿Y mi hija?

EUGENIA. Dentro de unos momentos la verá usted.

MAGD. Pero estando aqui estas gentes...

EUGENIA. Se van ahora mismo al pueblo.

FELIPE. (Hablan tan bajo que no las entiendo...) (Acercándose.) Si la señora me quiere hacer el favor de descansar en mi choza mientras componen el carruaje...

EUGENIA. ¡En tu choza!

FELIPE. Es la única que hay en estos campos. La señora está muy fatigada... podria descansar y beber un poco de agua.

MAGD. Acepto tu ofrecimiento con sumo placer.

EUGENIA. (Á Magdalena.) Señora, es que este hombre...

FELIPE. (Con gesto amenazador.) ¿Qué estás diciendo?...

MAGD. ¡Bah! no tengo miedo... (Á Eugenia.) Tú me acompañarás.

EUGENIA. Pues bien; yo iré con usted, señora.

FELIPE. Señora, quisiera que fuera un palacio... pero yo ofrezco de buena voluntad todo cuanto tengo. (Vánse.)

ESCENA IV.

LOS ALDEANOS, SERAPIO, PETRA, BLAS, TOMÁS.

TOMÁS. ¡Pañuelos, ligas, cintas, encajes! Ea, muchachas, las que teneis novios, elegid. (Tomás avanza hácia el foro cercado de Aldeanas, que apenas le dejan andar. Trae al brazo una gran cesta de quincalla y encajes. Pregonando y defendiéndose de las muchachas.)

TODAS. ¡Á ver, á ver! (Le revuelven la cesta.)

TOMÁS. ¡Eh! esto se ve y no se toca. ¡Tú, cara de torta! (Á un mozo.) Aqui tienes un pañuelo de color de naranja. En cuanto le vea tu novia, te sigue...

PETRA. Eso es, como si se tratara de una vaca.

TOMÁS. ¡Pendientes con los que se casan las feas! ¿Quién los quiere? Ninguna. Todas se creen bonitas. ¡Sortijas con las que sacan marido las pobres! ¿Quién las quiere?

VARIAS. ¡Yo, yo!

TOMÁS. Collares para las hermosas. ¿Quién compra?

TODAS. ¡Yo, yo!

TOMÁS. En cuanto se las llama hermosas, todas responden.

PETRA. Que se venga al pueblo y allí lo veremos todo despacio.

TODAS. ¡Si, si!

TOMÁS. Voy de prisa.

SERAPIO. ¿Pero cuándo no la tienes?

TOMÁS. Qué quieres, yo vivo de lo que ando. El comercio es el movimiento. Y yo soy un comerciante que lleva la tienda á cuestas.

SERAPIO. Pues mejor estarias fijo en un sitio.

TOMÁS. Esa es mi única ambicion. Tener una tienda fija; pero no en un pueblo...

SERAPIO. ¿Pues dónde mejor?

TOMÁS. Si algun dia llego á ahorrar cincuenta duros, me estableceré...

BLAS. ¿Dónde?

TOMÁS. En Madrid.

BLAS. En Madrid nada menos.

TOMÁS. Y en la Puerta del Sol.

BLAS. ¿En la Puerta del Sol?

TOMÁS. Hay allí unos portales... Como yo coja uno que hay esquina á la calle del Cofre... Allí se hacen los grandes negocios.

BLAS. Es un portal que hay viniendo...

TOMÁS. Segun de donde vengas...

BLAS. Quiero decir entrando...

TOMÁS. ¿No te he dicho ya que esquina al callejon del Cofre?

BLAS. Si; pero yo creo que te equivocas...

TOMÁS. ¿Tú conoces Madrid? ¿Has estado alguna vez?

BLAS. Nunca.

TOMÁS. ¡Majadero! Pues entonces, ¿para qué me mueles lo huesos con tu «entrando y viniendo?»

SERAPIO. ¿Y un portal puede ser el principio de una fortuna?

TOMÁS. ¡Un portal en Madrid! Si tú supieras cuántos señorones... han empezado en los portales!

SERAPIO. Y luego con el dinero lo adquieren todo...

TOMÁS. Menos la educacion. De vez en cuando, sueltan... Por eso yo, aunque llegue á ser rico, no abandonaré nunca la chaqueta. ¿Dónde hay nada mas glorioso para un militar que conservar el uniforme con que ha ganado sus batallas? La chaqueta es el uniforme del trabajo, y yo no pienso dejarla nunca.

SERAPIO. Dice bien.

BLAS. Pero no le llamarán don Fulano.

TOMÁS. El don que se adquiere con media vara mas de paño, no es el que me satisface. Llegar á ser algo por medio del trabajo, es lo que yo quiero. Pasar algun dia por entre las gentes con mi chaqueta de paño fino y mi buena capa dando limosna á los pobres, y oir decir por lo bajo: «ese hombre empezó con un cajon de fósforos,

y á fuerza de trabajo y economias ha llegado á ser rico; pero un rico que no se avergüenza de su orígen; que da carrera á los niños huérfanos; que socorre á las viudas; que adelanta al que tiene una cesta para que ponga una tienda; que ayuda á todo el mundo: ese á quien saludan todos con cariño, es el tio Tomás el quinquillero.»

TODOS. ¡Bravo!

SERAPIO. Esos son buenos sentimientos que merecen una renta de veinte mil ducados.

BLAS. Por si llegas á ser rico, ven ahora á beber con nosotros. Delante de la ermita tenemos los restos de la merienda.

TOMÁS. ¡Pues yo me ofrezco á devolveros el convite si alguu dia vais á Madrid! Ya sabeis que pienso abrir mi tienda en el portal de la casa que forma esquina con el callejon del Cofre.

BLAS. ¿Á la derecha?

TOMÁS. No, á la izquierda.

SERAPIO. ¿Y cuándo?

TOMÁS. Dentro de... diez años.

TODOS. ¡Já, já!

BLAS. Ea, vamos á remojar tu nueva tienda.

VARIAS VOCES. ¡Vamos!

TOMAS. ¡Vamos! ¡Pañuelos, ligas, tirantes!... (Marchando á la cabeza de los Aldeanos y pregonaudo.)

ESCENA V.

MAGDALENA, sola. Aparece por el mismo sitio por donde marchó con Eugenia.

¡Ah! ¡Ese hombre me causa miedo! (Volviendo la cabeza.) ¿Si me vendrá siguiendo?... No le veo... En cuanto Eugenia me dejó sola con él, reparé en su aspecto siniestro... ¡Dios mio! ¿tardará mucho?... Deseo estrechar entre mis brazos á mi hija... colmarla de cari-

cias... ¡Hace dos años que no la veo!... ¡Hija de mi corazon! Solo por ella me atreveria yo á venir á estos sitios... engañando á mi padre, sobornando al cochero para que haga saltar una rueda... ¡Oh! ¡pero de qué me sirve verla un instante si no puedo llevarla conmigo y decir á las gentes con el orgullo de la madre «esta es mi hija!!» Tener una hija y verse obligada á ocultarla á la vista de todo el mundo... Esta sola idea trastorna mi razon... Y tal vez venga á darla el último adios... Me siento sin fuerzas para soportar...

EUGENIA. (*Aparece precipitadamente por el fondo con una niña como de tres años en brazos.*) ¡Señorita!... Seño...

MAGD. (*Corriendo á su encuentro.*) ¡Mi hija!

ESCENA VI.

MAGDALENA, EUGENIA, luego FELIPE.

MAGD. ¡Hija de mi vida! (*Estrechando contra su corazon á su hija y besándola con pasion.*)

EUGENIA. Señorita, que pueden venir...

FELIPE. ¡Ah! esa es la madre... (*Aparece de puntillas por el fondo y se oculta detrás de la cruz. Al tiempo de ocultarse dice:*) Me lo figuraba... Vamos, atrapé un secreto que ha de valerme mucho dinero.

EUGENIA. ¡Al entrar en la alameda, se me ha figurado ver á ese pícaro de Felipe!

MAGD. ¡Déjame que la estreche contra mi corazon!... ¡Que vea sus ojos de cielo!... Mira cómo me abraza... Comprende que soy su madre... ¡Oh! si ella supiera que sobre su padre pesa una sentencia de muerte...

EUGENIA. ¿De veras, señorita?...

MAGD. Yo soy la causa de todo...

EUGENIA. ¡Usted!

MAGD. Si, mi pobre Eugenia. Ernesto, por venir á verme una noche á la quinta de mi padre, abandonó el cuerpo de guardia distante algunas horas; vendido por un sar-

gento, fué condenado á entregar su espada y sus charreteras delante de filas. Ernesto, sintiéndose sin valor para sufrir tan humillante castigo, se pasó al campo carlista. Juzgado por un consejo de guerra, ha sido sentenciado á muerte donde quiera que se le halle, sin mas tiempo que el necesario para identificar su persona.

EUGENIA. ¡Pobre señorito!

MAGD. Al recibir la noticia, yo perdí la razon, y los médicos llegaron á desesperar de salvarme.

EUGENIA. Y el señor Conde, ignora todavía...

MAGD. Mi padre ignora la existencia de esta criatura; pero él, que es la causa de que yo no pueda llamarme la esposa de mi Ernesto, le acusa todos los dias de traidor en mi presencia creyendo que así llegaré á olvidarle.

EUGENIA. Es un carácter de hierro.

MAGD. Si tú conocieras su última resolucion...

EUGENIA. ¿Cuál?

MAGD. La que me ha obligado á venir á verte. Para que yo no vuelva á tener noticias de Ernesto, ha dispuesto que abandonáramos á Cataluña y mas adelante á España... (Estrechando de nuevo á su hija.) ¡Hija mia! quién sabe si son estos los últimos besos que recibes de tu madre...

FELIPE. (Que se asoma de vez en cuando.) (No oigo bien lo que dicen. Agucemos el oido.)

EUGENIA. Pero si el señor Conde supiera...

MAGD. Jamás me perdonaria. Eugenia, yo conozco á fondo tu cariño por mi hija, y tu lealtad: no temo nada por ella... Pero como no sé lo que durará esta ausencia, ni lo que el porvenir me reserva, quiero que me escuches con atencion.

EUGENIA. No me aflija usted con esos temores.

MAGD. Es preciso, Eugenia mia. El dia en que nació mi Luisa, su padre impuso en una casa de comercio casi toda su fortuna á su nombre. Hubiera sido una imprudencia imponerla en Barcelona, y buscó una casa de Madrid de toda su confianza. La persona á quien Ernesto ha

confiado la fortuna de su hija, deberá devolvérsela dentro de quince años. Ese hombre es el depositario del futuro dote de mi Luisa, á quien le será entregado al cumplirse ese plazo, sea cual sea su condicion y circunstancias. Ese hombre se llama don Pedro de Hinestrosa. Todos los papeles que atestiguan el nacimiento de mi hija, la imposicion, las condiciones de su padre y la forma de la entrega, estan dentro de esta cartera... y piensa en la importancia del depósito que te confio.

EUGENIA. Pero, señora, mejor seria que usted guardase...

MAGD. No; tú que te quedas con mi hija es quien debe conservarla.

EUGENIA. Ojalá que pueda devolver á usted esta cartera, (Tomándola.) el mismo dia que se verifique su enlace con don Ernesto.

MAGD. Dios lo haga, mi querida Eugenia. (El Postillon aparece por el fondo.)

EUGENIA. Señora, que viene... (Queriendo coger la niña.)

MAGD. (Volviéndose.) ¿Quién? (Al Postillon.) ¿Qué ocurre?

POST. Que el coche está ya compuesto y el señor pregunta por usted con impaciencia...

EUGENIA. (Bajo á Magdalena.) ¿Pero qué, su papá de usted está esperando?

MAGD. Si, le he hecho creer que viniendo yo con el Postillon se encontraria antes un herrero... (Al Postillon.) Detras de tí voy. (El Postillon se aleja.)

EUGENIA. Vamos, despídase usted de ella. (Insistiendo en tomar la niña.)

MAGD. ¡Dios mio! tener que dejarla... (Besándola con frenesí y sollozando.) ¡Adios, ángel mio!... No me culpes nunca por haberte abandonado... Adios, mi serafin, mi alma, mi vida... Eugenia, que cuides de ella... Que me escribas todos los dias cómo sigue... ¡Oh! yo me siento sin fuerzas para despedirme... Si mi padre se ablandara al verla... yo me echaria á sus pies...

EUGENIA. Tranquilícese usted... Tal vez se trata solo de una au-

sencia bien corta.

MAGD. Pero si es mi hija... si la he llevado en mis entrañas...

EUGENIA. No dé usted lugar á que el señor Conde se presente...

MAGD. Si, si, es verdad... No hay mas remedio que partir... Eugenia, júrame por lo que mas ames en el mundo... por tu madre... No sé lo que me digo... Yo estoy loca... ¡Ah! escucha, ¿no es verdad que me juras que si mi Luisa cae alguna vez enferma, si se encuentra en algun peligro... me lo harás saber al momento? Porque si esto sucede, ni mi padre, ni mi familia, ni el mundo entero, podrán impedirme que venga á á verla. ¿Me lo juras?

EUGENIA. ¡Si, señora!... Juro dar por ella mi vida, si preciso fuera.

MAGD. ¡Mi último abrazo! (La estrecha entre sus brazos y se la entrega despues á Eugenia y parte sin poder articular palabra, ahogándose con sus sollozos. Á los pocos pasos se vuelve para mirar á su hija.)

ESCENA VII.

EUGENIA, á poco FELIPE.

EUGENIA. ¡Hija mia! (Viéndola partir y estrechando la niña en sus brazos.) Yo haré que no eches de menos á tu madre... yo te adoro como si fueras mi hija. Ahora vamos á casa antes que me encuentre... (Al volverse para tomar la direccion de la ermita, se encuentra con Felipe, que ha salido de detras de la cruz dirigiéndose á ella.) ¡Ah! ¡Dios mio!... (Oculta la niña tratando de huir.)

EELIPE. ¿Qué es eso, muchacha? ¿Te has asustado?

EUGENIA. ¿Qué quiere usted?

FELIPE. Acompañarte hasta el pueblo.

EUGENIA. Déjeme usted en paz... no necesito compañia.

FELIPE. Pero mujer, no arropes tanto á esa niña, que la vas á ahogar...

EUGENIA. (¡La ha visto!) Vamos, váyase usted por su camino...

FELIPE. Si mi camino es el tuyo... Dí, ¿de dónde has sacado esa criatura? Cuando te quedaste viuda no tenias hijos... ¿Es asi como respetas la memoria de mi primo Antonio? Ya sabes que tu difunto era algo pariente mio.

EUGENIA. Puede usted pensar lo que quiera... (Intenta huir y Felipe la cierra el paso.)

FELIPE. ¡Eh! de aqui no se pasa... Tenemos que hablar los dos...

EUGENIA. Mire usted que doy voces...

FELIPE. Peor para tí, porque se presentará todo el pueblo y yo contaré entonces la historia de esa niña...

EUGENIA. ¡La historia!

FELIPE. Si; la he oido toda entera escondido detras de la cruz...

EUGENIA. (Con espanto.) ¡Jesus! Eso es falso...

FELIPE. Esa niña es hija de la condesa del Olmo y del capitan Ernesto Alvarez, desertor del ejército liberal y condenado á muerte por un consejo de guerra.

EUGENIA. ¡Infame! ¿Qué has hecho?

FELIPE. Enterarme de todo.

EUGENIA. ¿Y qué quieres?

FELIPE. Mira, no te exaltes... Ten calma... mucha calma... ¿Qué quiero? Poca cosa. Cuando esa niña tenga quince años debe entrar en posesion de una fortuna considerable... Á mí me gustan poco los chicos, pero me muero por adquirir una fortuna sin que me cueste trabajo. Hace mucho tiempo que yo te quiero de veras... pues bien; cásate conmigo y partiremos entre los dos el dote de esa rapaza.

EUGENIA. ¡Miserable! ¿Te atreves a proponerme un robo?

FELIPE. ¿No aceptas?... Pues entonces, el dote será para mi solo.

EUGENIA. Si te atreves á pensar siquiera...

FELIPE. ¡Já, já!... ¿Me amenazas? (Con dureza.) Mírame bien á la cara y no gastes palabras inútiles... Ya sabes que cuando me decido á una cosa...

EUGENIA. ¿Piensas meterme miedo? (Queriendo otra vez partir.) Pues te equivocas.

FELIPE. Basta de conversacion. ¿Quieres ser mi mujer?
EUGENIA. ¡Nunca!
FELIPE. ¿Nunca?
EUGENIA. ¡Nunca!
FELIPE. Acabemos. Dame esa niña y la cartera que su madre te ha entregado.
EUGENIA. ¡Socorro!... Soco... (Retrocediendo y defendiendo la niña.)
FELIPE. ¡Calla! (Poniéndola la mano en la boca.)
EUGENIA. ¡Socorro! (Luchando.)
FELIPE. ¡Calla! ó me obligarás á que te mate.
EUGENIA. ¡Vecinos!... ¡socorro! (Logra desasirse.)
FELIPE. ¡Toma! pues tú lo quieres. (Se abalanza sobre ella y la hiere con un cuchillo.)
EUGENIA. ¡Ay! (Vacilando y apretando contra su pecho á la niña.) ¡Asesino!... No me la arrancarás de los brazos... (Se dirige á la cruz.)
FELIPE. ¡Dame la niña! (Siguiéndola.)
EUGENIA. Ven aqui á quitármela. (Llegando á la cruz y apoyándose en ella.)
FELIPE. ¿Y á mí qué me importa? (Despues de dudar un instante, da un paso y se detiene al oir el pregon de Tomás en el fondo.)
TOMÁS. (En el fondo.) ¡Ligas! ¡tirantes!
FELIPE. ¡Ah! Si yo la encontrara la cartera... (Se acerca á ella y trata de registrarla.)
TOMÁS. (Mas cerca.) ¡Ligas, tirantes, sortijas!
FELIPE. ¡Imposible! (Sale huyendo.)

ESCENA VIII.

TOMÁS, EUGENIA. Esta sosteniéndose en la cruz con la niña en los brazos.

TOMÁS. (Entrando precipitadamente.) Se me figura haber oido gritos. ¿Quién podrá ser?
EUGENIA. (Con voz apagada.) ¡Aqui! ¡Socorro!
TOMÁS. Una mujer... ¡sangre! (Acercándose.) ¡Ah! ¡Dios mio! Herida mortalmente... ¡Vecinos!... ¡vecinos!
EUGENIA. ¿Es usted, Tomás el quinquillero?... (Reanimándose y ha-

ciéndole señal de que escuche.) ¿Usted es un hombre honrado?

TOMÁS. Si; lo que usted me mande...

EUGENIA. Tome usted esta niña... y esta cartera... Me siento morir... Dentro de quince años mirará usted los papeles que contiene...

TOMÁS. ¿Pero sus padres? ¿Quiénes son sus padres?

EUGENIA. Su madre... es la señorita Magdalena de Ponzoa, condesa de...

TOMÁS. ¡Magdalena de Ponzoa!

EUGENIA. ¡Un secreto!... (Le entrega la niña.)

TOMÁS. ¡Ah! un secreto... Descuide usted, antes perderé la vida que... ¡Ah! ya estan aqui. ¡Camaradas! ¡vecinos!

ESCENA IX.

DICHOS, SERAPIO, BLAS, PETRA y todos los ALDEANOS.

BLAS. ¡Santo cielo! ¡Eugenia asesinada! (Todos la rodean.) ¿Y usted cómo se encuentra aqui?

TOMÁS. Al pasar por aqui oí sus gritos pidiendo socorro... Me acerqué y ya era tarde...

SERAPIO. ¿Y esa niña que tiene usted en los brazos? ..

TOMÁS. Esta niña... es mi hija... que yo dejé el otro dia á Eugenia cuando estuve en el pueblo...

PETRA. Yo la ví ayer en su casa...

SERAPIO. (Con aire sospechoso.) Pero si Eugenia...

TOMÁS. ¿Por qué miran ustedes de ese modo? Es que sospechan...

SERAPIO. Mientras Eugenia no hable...

PETRA. ¡Ah! ya vuelve en sí... Quiere hablar...

SERAPIO. ¡Silencio todo el mundo! Eugenia, somos nosotros... ¿Quién te ha herido?

EUGENIA. (Incorporándose y con una voz apagada.) Felipe... ¡El Zurdo!

TODOS. ¡Felipe!! (Indignacion general.)

SERAPIO. ¡Vecinos! es preciso batir el bosque hasta dar con el asesino... ¡Ahora! ¡ahora mismo!

TODOS. ¡Vamos! (Alzan los palos en actitud hostil y se disponen á seguir á Serapio. Las mujeres rodean á Eugenia.)

TOMÁS. ¡Amigos! yo no puedo abandonar á mi hija... Hé aqui mi mejor alhaja. (Poniéndola en la cesta.)

SERAPIO. ¡Al bosque! (Todos le siguen.)

TOMÁS. Ya soy padre... (Marchando por otro lado.) Ahora si que necesito gritar con todos mis pulmones. ¡Ligas, tirantes, anillos!

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la antigua Puerta del Sol, vista desde la desembocadura de la calle de Carretas. En el fondo, la entrada de las calles de Preciados, del Cármen y de la Montera; á la derecha el antiguo edificio del Buen Suceso. Á la izquierda, una tienda de encuadernacion y quinquilleria en el ángulo saliente que formaba la esquina del callejon del Cofre.

ESCENA PRIMERA.

JUANILLO aparece en la tienda, y en la plaza el CONDE DE LA OLIVA, RAMIREZ, LOPEZ, OBDULIA, un JOROBADO y una muchedumbre de especuladores formando corros, hablando y gesticulando con toda la animacion que presentaban los corros de los mineros. TRANSEUNTES, VENDEDORES, etc., etc. Al alzarse el telon, el Conde, Ramirez y Lopez aparecen en primer término, separados de los corros. En los primeros momentos, el ruido general impide oir su conversacion: los corros avanzan un poco al fondo.

UNA VOZ. Compro Mala noche. ¿Quién da?
VARIOS. ¡Yo! ¡yo!
ESPEC. Doy Caballo blanco.
VARIOS. ¡Tomo!
OTRO. La Poderosa, ¿quién quiere?
MUCHOS. ¡Tomo, tomo! (Ruido y confusion: los unos cambian acciones

de minas por dinero: otros se dirigen á la tienda del callejon, donde Juanillo despacha papel sin poder dar abasto á los consumidores. Los mas firman las trasferencias en las puertas de las tiendas del fondo y algunos sobre la rodilla.)

LOPEZ. (Á Ramirez.) ¿Conque cerramos en los dos mil reales?

RAMIREZ. No, mil novecientos.

LOPEZ. Mira que el alza es segura.

RAMIREZ. Pues entonces, ¿por qué te desprendes de ellas?

LOPEZ. Por aficionarte...

RAMIREZ. ¿Quieres que yo tambien sea víctima de la fiebre minera?

LOPEZ. Quiero verte rico, como yo lo estoy...

RAMIREZ. Las tomo en los dos mil reales. ¿Cincuenta acciones?

LOPEZ. Cincuenta.

RAMIREZ. ¿Pero dónde firmamos las trasferencias?

LOPEZ. No sé; la tienda de Tomás el quinquillero estará llena como siempre...

JOROB. (Acercándose.) Señores, ¿necesitan ustedes pluma, tintero y mesa?

LOPEZ. Hombre, si.

JOROB. Aqui tienen ustedes. (Les presenta un tintero.)

LOPEZ. ¿Pero y la mesa?

JOROB. Aqui está el pupitre. (Presentando su joroba.)

LOPEZ. ¡Buena idea! (Escribiendo sobre el Jorobado.)

CONDE. (Acercándose.) ¡Já, já! Os cojo en flagrante delito. Vosotros tambien metidos á mineros? ¡Calla! Y os sirve de mesa un jorobado.

LOPEZ. ¿Pues qué quieres que hagamos, cuando todo el mundo se mete á especulador?

CONDE. Comprendo que se dediquen á especular los que tengan algo; pero vosotros que no teneis sobre qué caeros muertos...

LOPEZ. Pues por lo mismo. ¿Tú crees que muchos de los que ves en esos corros tienen algo que perder?

CONDE. Pues entonces, ¿cómo se explica?...

LOPEZ. Porque el que no tiene que perder, va siempre ganando...

JOROB. (Despidiéndose y tomando unas monedas que le da Lopez.) Muchas gracias, señores; y siempre que les ocurra, ya saben donde tienen un pupitre.

CONDE. ¡Bravo! De modo que segun tu teoria, hasta yo, cuya ruina y cuyas deudas conoce todo Madrid, podria dedicarme á la especulacion?

LOPEZ. ¿Pues quién lo duda?

CONDE. Pero, chico, si no me queda nada.

LOPEZ. Te queda tu título de conde. ¡Un conde accionista! Tú sabes lo bien que suena... ¿Quieres ser presidente de una sociedad que estoy fundando?

CONDE. ¿Cómo se llama?

LOPEZ. ¡La Tempestad!

CONDE. ¡Já, já! ¡Bonito nombre! ¿De modo que el nombre recuerda?...

LOPEZ. El orígen.

CONDE. Yo creia que anunciaba el fin.

LOPEZ. Tienes poca fé para minero.

CONDE. Es verdad; en estos negocios es preciso creer sin ver.

RAMIREZ. ¿Qué te trae entonces por estos sitios?

CONDE. Dos ojos que me han vuelto loco. Yo tambien persigo un filon; pero de amor.

RAMIREZ. ¿Son tal vez los ojos de la hermosa viuda que se dirige aqui?

CONDE. ¡Ah! mi amiga. (Volviéndose y saludando á Matilde, que se acerca seguida de un lacayo pequeño. Á Ramirez.) No; son otros.

ESCENA II.

DICHOS, MATILDE, luego FELIPE.

RAMIREZ } LOPEZ. } (Saludando.) Señora...

MATILDE. Señor Conde... amigos mios, ¿qué es esto? ¿Tambien nuestros elegantes del Teatro Real y de la Fuente Castellana se convierten en especuladores?

CONDE. Señora baronesa, protesto contra la calificacion... Yo no he venido aquí á especular. Mis instintos aristocráticos me impiden traficar en... papeles mojados.

MATILDE. Ya sé que el señor Conde viene todos los dias á estas horas con otro objeto.

LOPEZ. ¿Cuál? ¿Se puede saber?

MATILDE. Con el de ver pasar á una jóven florista, de quien está perdidamente enamorado.

RAMIREZ. ¿Una jóven del pueblo?

LOPEZ. ¿Pues y los instintos?

MATILDE. Una jóven que no tardará en atravesar para dirigirse á aquella tienda. (Señala á la tienda.) La hija de Tomás el quinquillero.

LOPEZ. ¡Já, já!

CONDE. No sé cómo á la señora baronesa la choca mi eleccion cuando yo no hago sino imitarla.

MATILDE. ¡Imitarme! (Felipe aparece en traje de sociedad y se coloca á la puerta de la tienda.)

FELIPE. Esperemos aquí á que entre la chica. Ya no debe tardar. (Mirando á la muestra.) «Tomás, encuadernador y quinquillero.» No hay duda, es el mismo. (Observando al Conde.) El Conde la espera tambien.

CONDE. La señora baronesa ama tambien á un hijo del pueblo que aspira á conquistarse una posicion...

MATILDE. ¡Yo! ¿Á quién?

CONDE. Á nuestro amigo Ricardo Carvajal, el médico.

MATILDE. (Con coqueteria.) ¡Bah!.. ha querido usted devolverme la broma... Señores... (Al despedirse ve aparecer en direccion á la tienda á Luisa, á quien sigue con interés.) Ahí tienen ustedes á la futura condesa...

CONDE. (Mirándola.) (¡Volveré á hablarla!) Señora baronesa... en prueba de que sus sospechas son infundadas, si usted me lo permite, tendré un placer en acompañarla.

LOPEZ. Nosotros nos quedamos...

CONDE. Cuidado conque la Tempestad no dé algun trueno. (Se va con Matilde.)

ESCENA III.

RAMIREZ, LOPEZ, LUISA, FELIPE.

LUISA. (Al llegar á la puerta de la tienda repara en Felipe.) ¡Jesus! ¡este hombre otra vez! Desde ayer me sigue á todas partes. (Entra precipitadamente.)

FELIPE. La paloma se ha asustado... ¡Qué veo! El Conde se va sin hablarla... Volverá luego... Señor Conde sin fortuna, usted será mi instrumento. Ahora me falta echar la vista encima al quinquillero. (Los grupos avanzan de nuevo.)

JOROB. Señores, acciones de la Tempestad, ¿quién tiene? Todo el mundo las solicita. (Destacándose de ellos y dirigiéndose á Lopez y Ramirez.)

LOPEZ. (Dirigiéndose á los grupos.) ¡Tempestad! yo vendo.

MUCHOS GRITOS. ¡Tomo, tomo!

(Los especuladores rodean á Lopez y Ramirez. Luisa se quita el manto y arregla los muebles de la tienda. Juanillo comienza á despachar papel de nuevo.)

ESCENA IV.

DICHOS, TOMÁS aparece abriéndose camino bruscamente entre los grupos, y se dirige á su tienda con dos paquetes en la mano.

TOMÁS. Esto es un infierno... Condenados de mineros... No hay medio de llegar uno á su casa, sino á fuerza de empellones. Cuándo darán las dos para que se marchen á la plaza de la Leña con su griteria.

FELIPE. (Acercándose á él y mirándole fijamente.) Es él... Cómo ha cambiado... (Suenan las dos en el reló del Buen Suceso. Los grupos desaparecen por el fondo. Quedan en el espacio que representa la Puerta del Sol algunos vendedores, y cruzan de vez en cuando algunos transeuntes. Lopez y Ramirez se van tambien.)

TOMÁS. Gracias á Dios que os vais con la música á otra parte. (Desde la puerta de su tienda viendo desaparecer los grupos.)

FELIPE. Será preciso cerciorarse... Voy á hablarle. (Se acerca á él y se interpone D. Pedro.)

TOMÁS. Mi señor don Pedro de Hinestrosa, ¿viene usted á buscarme?

FELIPE. (¡Don Pedro de Hinestrosa!... ¡Ah! el comerciante á quien le fué confiada la fortuna de la niña.) (Hace como que quita los carteles.)

PEDRO. Si; en busca de usted vengo. Necesito decirle dos palabras.

TOMÁS. ¿Un comerciante tan rico como usted necesita hablar á un pobre tendero?

PEDRO. Si, tengo que proponer á usted un negocio.

TOMÁS. ¡Un negocio! Entre usted en mi palacio y hablaremos.

PEDRO. No; voy muy de prisa... Aqui mismo podré decirle...

FELIPE. (Pues señor, estaba escrito que habia de encontrar en la esquina del callejon del Cofre á todas las personas que me convienen. Ya sé donde paran. Ahora voy á buscar al Conde. (Se aleja por el fondo.)

TOMÁS. Pues dígame usted lo que guste...

PEDRO. Amigo Tomás, quiere usted alquilar su tienda?

LUISA. (Asomándose á la puerta.) Qué, ¿no entra usted, padre?

TOMÁS. ¡Allá voy, hija! ¡Qué criatura! no puede pasar sin verme. (Vuelve Luisa á entrar en la tienda, y se pone á trabajar en sus flores.)

PEDRO. ¿Qué contesta usted?

TOMÁS. ¿Dice usted que si quiero alquilar mi tienda?

PEDRO. Si.

TOMÁS. ¿Y á quién?

PEDRO. Á varios especuladores que me la hàn pedido para establecer un escritorio; y que pagarán por ella lo que usted pida.

TOMÁS. ¿Y dónde pongo yo mi taller de encuadernacion y mi tienda de quincalla?

PEDRO. Usted no necesita trabajar: el alquiler le bastará para vivir paseándose.

TOMÁS. ¡Bah! ¿Y para proponerme usted esas tonterias se ha tomado la molestia?...

PEDRO. Pues qué, ¿no ama usted el dinero?

TOMÁS. Le conozco todavia poco para tenerle cariño.

PEDRO. El producto del alquiler podrá usted emplearle en acciones de la Inagotable y hará usted su fortuna.

TOMÁS. ¿Tambien usted es minero?... una persona tan séria...

PEDRO. Yo especulo en todo mientras se gana, y ahora se gana en las minas cuanto se quiere. ¿Conque se decide usted? Yo tengo empeño en hacerle rico.

TOMÁS. Pues si lo soy. Otros son ricos de dinero; yo soy rico de corazon. Si usted supiera lo dichoso que vivo con mi tienda, no trataria de quitármela. Todas esas gentes que alborotan delante de mi mostrador, ni viven ni sosiegan buscando la riqueza; yo no busco mas que trabajo...

PEDRO. ¿Es decir que no acepta?

TOMÁS. Pero señor don Pedro, si yo no sabria ser rico de repente. ¿Querria usted que me sucediera lo que le pasó el otro dia á un cochero que ha ganado un capital con unas acciones que le vendió un memorialista?

PEDRO. No sé...

TOMÁS. Pues bien; ha echado coche y se ha metido á señoron, y anteayer al despedirse de un marqués, distraido el pobre hombre, en vez de entrar en la berlina se subió al pescante.

PEDRO. En fin, usted reflexionará y yo volveré á saber su última determinacion.

TOMÁS. Puede usted honrar mi casa cuando guste...

PEDRO. (Insistiré de nuevo... Este hombre merece ser poderoso. Si él supiera...)

TOMÁS. Hasta cuando usted guste, señor don Pedro.

PEDRO. Hasta luego. (Alejándose.)

ESCENA V,

TOMÁS, LUISA, JUANILLO.

TOMÁS. (Entrando en su tienda.) ¿Dónde está mi tesoro?
LUISA. (Dejando las flores y yendo á abrazarle.) ¡Padre mio!
JUAN. (¿Á que no se deja abrazar el maestro?)
TOMÁS. ¡Deja! Que vas á estropear lo que traigo en estos paquetes. (Va á recibirla en los brazos y luego se detiene.)
LUISA. ¿Qué trae usted? ¿Mas libros? Si no puede usted con el trabajo, para qué admite usted nuevos encargos?
TOMÁS. ¿Á que no aciertas lo que encierra este lio?
LUISA. No sé...
TOMÁS. (Desenvolviéndole y enseñándola un corte de vestido.) ¡Mira!
LUISA. ¡Un corte de vestido! Y es de seda... ¿Para quién?
TOMÁS. Para quién ha de ser...
LUISA. (Con alegria.) ¿Para mí? Como es de seda...
TOMÁS. Pues qué, ¿siempre has de vestir de percal, hija mia! ¿Te gusta?
LUISA. ¡Ah! ¡es lindísimo!... (Saltando á su cuello.)
JUAN. (¿Á que no la abraza?)
TOMÁS. ¡Eh! ¡no seas tonta!... (Retrocede conmovido.) Eso no merece... (¡Qué hermosa está!)
LUISA. Pero ¿por qué no quiere?...
TOMÁS. Por... nada... ¿Conque te parece bien?
LUISA. No hubiera yo elegido otro.
TOMÁS. Qué peso me quitas de encima. Porque, la verdad, como uno no entiende... Vamos, te digo que estoy orgulloso de haber acertado.
LUISA. Es preciosa... (Dando vueltas á la tela.) Padre, aunque usted no quiera... (Se dirige á él y le abraza.)
JUAN. (Á que no la abraza el maestro: no lo dije...)
TOMÁS. (Enterneciéndose y separándose.) Siempre serás una niña. (Á Juanillo.) ¿Qué hablas tú ahí por lo bajo, buena pieza?
JUAN. Estoy cantando...

TOMÁS. En la mano cantarás tú con el tiempo. ¿Se ha vendido hoy mucho?

JUAN. Se han acabado el papel y las obleas.

TOMÁS. Los mineros se han empeñado en hacerme rico.

LUISA. ¿Y qué trae usted en ese otro paquete si se puede saber?

TOMÁS. Yo no tengo secretos para tí...

JUAN. Aunque parece...

TOMÁS. ¿Qué rezas tú por lo bajo?

JUAN. El padre nuestro...

TOMÁS. Ten cuidado no te cante yo á tí la letania. ¿Quieres saber qué hay aqui?

LUISA. Si usted me lo dice...

TOMÁS. Libros para encuadernar...

LUISA. ¡Lo de siempre!

TOMÁS. Esta vez son de un amigo á quien conoces.

LUISA. ¿De un amigo?

TOMÁS. De Ricardo el médico.

LUISA. ¡De Ricardo!...

TOMÁS. Parece que le recuerdas. Por él te ven mis ojos hoy tan... hermosa...

JUAN. (¿Á que no la abraza?)

TOMÁS. Yo le quiero mucho, y la vida que me pidiera... ¿No le quieres tú tambien?

LUISA. ¡Yo!.. (Si supiera que le...)

TOMÁS. Es preciso que le quieras como yo, porque lo merece.

LUISA. En el pueblo le veiamos todos los dias durante las vacaciones...

TOMÁS. Es verdad... Aqui hace ya otra vida. Es médico y necesita...

LUISA. Aqui, vivirá ya entre las gentes ricas...

TOMÁS. Te equivocas. Ayer le encontré bien triste.

LUISA. ¡Muy triste!...

TOMÁS. Debe sufrir mucho, y tal vez sea la causa su falta de medios... En Madrid, hasta que un jóven se da á conocer... ¡Y luego él es orgulloso!

LUISA. ¡Demasiado!...

TOMÁS. Pero ya he descubierto yo el modo de socorrerle sin que él sospeche...

LUISA. ¿Cómo?

TOMÁS. Inventando enfermos imaginarios que le envian... ¿Has escrito las tres cartas que te dije?

LUISA. Aqui estan. (Se las presenta.) Las tres fechadas en Fraga.

TOMÁS. Si, en nuestro pueblo. (Mirando las cartas.) ¡Qué letra tan clara!... tan linda como tú. Vamos, esto ya merece un abrazo.

JUAN. ¿Á que no se le da usted?

TOMÁS. (Deteniéndose.) ¿Por qué dices eso?

LUISA. (Con el paquete en la mano.) Padre, voy á guardar la tela y á arreglar allá dentro...

TOMÁS. Si, anda mientras yo le ajusto la cuenta á este tunante.

ESCENA VI.

TOMÁS, JUANILLO.

TOMÁS. Ven acá, perillan; ¿qué es lo que tú has querido decirme hace poco?

JUAN. Señor maestro... yo no trato de ofender á usted; pero desde que estoy aqui de aprendiz me ha chocado una cosa.

TOMÁS. ¿Qué?

JUAN. ¿Se va usted á enfadar?

TOMÁS. No; dila...

JUAN. Que usted quiere mucho á Luisa... pero que nunca la da un abrazo.

TOMÁS. Qué tonterias reparas...

JUAN. Es que cualquiera que no le conociese á usted, le tendria por un mal padre...

TOMÁS. ¡Por un mal padre!...

JUAN. No lo digo yo porque usted no la cuida... Por la mañana cuando se levanta le pregunta usted como ha pasado la noche; pero... no la da usted un abrazo... por

el dia la compra usted cuanto se le antoja; pero no la abraza... por la noche la acompaña usted despidiéndola... hasta la escalera de su cuarto; pero... no la abraza.

TOMÁS. Para ser buen padre no es preciso abrazar á los hijos.

JUAN. Sin embargo, yo en el lugar de usted la estaria abrazando todo el dia.

TOMÁS. (Furioso, amenazándole con una regla.) ¿Qué es lo que tú harias, tunante?...

JUAN. Abrazarla... si fuera su padre...

TOMÁS. (Calmándose.) ¡Ya! eso es otra cosa.

JUAN. ¡Ah! señor, ahora que me acuerdo... Hoy he hecho una diablura...

TOMÁS. ¡Una diablura!...

JUAN. Pero ha sido por dar gusto á Luisa.

TOMÁS. Eso es otra cosa. ¿Qué has hecho?...

JUAN. Que he vuelto á pegar una tunda al perro de la señora marquesa que vive en el cuarto principal.

TOMÁS. ¿Y por qué?

JUAN. Porque ha querido comerse el tordo, en quién Luisa tiene puestos sus ojos.

TOMÁS. Pero hombre, ¿no sabes que la marquesa es la mujer del dueño de la casa, y que si se incomoda?...

JUAN. (Mirando á la puerta.) ¡Señor maestro! la marquesa que se dirige aqui.

TOMÁS. Buena la has hecho, vete dentro. (Magdalena dobla la esquina y entra en la tienda. Tomás se pone á trabajar.)

ESCENA VII.

TOMÁS, MAGDALENA, JUANILLO.

MAGD. (Con altivez.) Dígame usted, buen hombre.

TOMÁS. ¿Qué ocurre, buena mujer? (Levantando los ojos.) ¡Ah! señora marquesa...

MAGD. ¿No le han dicho á usted ya que estoy muy poco satisfecha de su vecindad?

TOMÁS. Señora, ¿y por qué?

MAGD. Porque su aprendiz no hace mas que cantar todo el dia y meterse con mi canelo.

TOMÁS. No, señora, su canelo de usted es el que se ha metido con el tordo de mi hija, y el chico no ha hecho mas que salir á su defensa.

MAGD. ¿Y ese cantar continuo con que atruena los oidos?...

TOMÁS. Qué quiere usted que haga una criatura sino cantar. Si usted tuviera hijos, señora marquesa, ya se acostumbraria usted á sufrir los de los extraños.

MAGD. Si yo tuviera hijos...

TOMÁS. Digo esto, porque como he oido que no los tiene ni los ha tenido...

MAGD. (¡Hija de mi vida!) ¿Usted tiene una hija?

TOMÁS. Si, señora...

MAGD. ¿La quiere usted mucho?

TOMÁS. Figúrese usted, cuando ni me he atrevido á reprender al aprendiz... en cuanto he sabido que se trataba...

MAGD. Sé que es usted un hombre de bien, y no quiero perjudicarle... Mi marido podria lanzarle á usted de la tienda... Pues bien; yo deseo saber cuánto quiere usted por mudarse...

TOMÁS. ¿Por mudarme? Señora, sabe usted lo que me propone? Yo no puedo salir de aqui.

MAGD. ¿Por qué?

TOMÁS. Porque esta tienda es mi presente y mi porvenir. Esta tienda representa mi subsistencia y la de mi hija. Señora marquesa, usted tiene un gran título, una familia ilustre, un marido poderoso, es usted rica, muy rica, dichosa...

MAGD. ¡Dichosa!

TOMÁS. ¿Qué falta le hace á usted la tienda de un pobre quinquillero?

MAGD. Pero si yo quiero indemnizarle á usted; conque pida...

TOMÁS. Pues no me voy... Porque si usted se empeña en que me vaya, yo haré que mi hija suba á verla á usted, y á suplicarla que nos deje... usted tiene buen corazon y

en cuanto vea á mi Luisa...

MAGD. (¡Luisa!... Se llama como ella...) (Conmovida.) ¡Basta! No me hable usted mas... Es usted un buen padre, y eso es suficiente para que yo le atienda... Puede usted seguir con la casa, y desde hoy no volverá á ser molestado...

TOMÁS. Mi hija subirá á darla á usted las gracias... y en cuanto al aprendiz, yo le pondré un candado en la boca.

MAGD. No; no le diga usted nada... (Sale muy conmovida.)

TOMÁS. Pues no se va casi llorando... Qué cambio tan repentino... El demonio que entienda á estas señoronas...

ESCENA VIII.

TOMÁS, RICARDO.

RICARDO. Buenos dias, Tomás. (Atravesando la plaza y entrando en la tienda.)

TOMÁS. ¡Hola! Señor médico. Qué distraido pasa usted algunas veces al lado de los amigos... Esta mañana...

RICARDO. Distraido, no... desesperado, tal vez.

TOMÁS. ¡Desesperado! ¿Y por qué? ¿No tiene usted clientela? ¿No hay ya pulmonias en Madrid? ¡Si la fiebre minera la curasen los médicos, ya tendria que hacer con sentarse solo delante de ese mostrador!

RICARDO. ¡La fiebre minera! Esa es la que produce dinero.

TOMÁS. ¡Cómo! un hombre de talento... ¿un sábio como usted, se pasa tambien al enemigo?

RICARDO. ¿Y qué quieres? Estoy cansado de trabajar... Me he quemado las cejas sobre los libros... he buscado en el estudio la dicha y la gloria, y al fin de mi carrera me encuentro...

TOMÁS. Pero ya llegará usted á ser un gran médico.

RICARDO. Y mientras llego, vivo... en la miseria; ¡siempre en la miseria!... (Cuandó el dinero me acercaria á la baronesa... ¡á esa mujer á quien adoro!...)

RICARDO. Pues yo tengo cabalmente que entregar á usted dinero...

RICARDO. ¿Qué dices?

TOMÁS. Lo que usted oye... Ya sabe usted las consultas que por mi conducto le han hecho desde el pueblo, la tia Colasa... Juanele...

RICARDO. Si, ya recuerdo...

TOMÁS. (No sospecha...) ¡Pues bien, ayer recibí las contestaciones, y con ellas los honorarios!...

RICARDO. ¡Pobres gentes!

TOMÁS. Los pobres, desde que usted salió del pueblo, no tienen para su asistencia mas que un veterinario... Aqui tiene usted cinco duros de la tia Colasa, con una carta en que dice que su nieto corre y brinca como un corzo... Cuatro duros de Juanele, que ha recobrado la vista casi por completo... (Sigue mas ciego que nunca.) Y seis duros del tio Tumba coches, á quien ya no le duele nada.

RICARDO. ¿De veras? Aquel reuma no le da que hacer...

TOMÁS. Nada. (Como que hace seis meses que le enterraron.) Total, quince duros.

RICARDO. ¡Pero estas cartas son todas de una misma letra!... (Que ha permanecido pensativo, tomando maquinalmente las cartas.)

TOMÁS. ¡De una misma letra! (Turbado.) ¡Ah! ya caigo... Como que en el pueblo no hay quien sepa escribir, mas que el maestro, que escribe por todo el mundo... Aqui tiene usted, el precio de su trabajo. (Le da el dinero.)

RICARDO. ¡Infelices! ¡Esto representa para ellos un gran servicio, y á mí no me sirve de nada!...

TOMÁS. (¡Bah! Y yo que creia hacerle dichoso...) (Desconcertado. Se queda pensativo y luego de repente.) Señor don Ricardo, hábleme usted con franqueza... Cuánto necesitaria usted para ser feliz... Yo le debo á usted la vida de mi Luisa, y estoy dispuesto... ¿Se trata de una gran cantidad?... ¿Mil duros?

RICARDO. No hablemos de eso.

TOMÁS. Fuera cumplimientos... Yo hablo de corazon... treinta mil reales... tres mil duros?...

RICARDO. ¡Ah! Si yo tuviera solamente...

TOMÁS. ¿Es eso? ¡tres mil duros! Pues yo estoy segu ro de que sobre el porvenir de usted y sobre esta tienda, no ha de faltar quien me lo preste.

RICARDO. ¿Quién?

TOMÁS. Yo tengo crédito... A pesar de esta mala facha... En cuanto yo le diga á don Pedro...

RICARDO. Tú estás loco... (Sonando en su mano los quince duros.) Hoy por hoy, no hay mas verdad que esta... Hé aqui mi pan para un mes... (Estrechando le mano de Tomàs.) Adios, amigo Tomás... (Al salir.) Si no muero de hambre moriré de desesperacion... Todo es concluir!

ESCENA IX.

TOMÁS, luego FELIPE.

TOMÁS. Pobre Ricardo!... La tristeza es hija de su miseria... Y yo le creia... En cuanto vuelva don Pedro le diré que me busque... Yo tengo treinta y cuatro mil reales de economias... Con mil duros mas tendrá bastante... Pero y si don Pedro se niega?... Le diré que traspaso la tienda. Dejar la tienda... Bah! Se trata del hombre que salvó la vida á Luisa.

ESCENA X.

TOMÁS, FELIPE.

FELIPE. Puede usted oir una palabra... (Entrando con aire receloso.)

TOMÀS. Para eso estoy aqui, buen amigo... Para oir á todo el que entra... Quiere usted una caja con obleas, lapiz, gemelos, lacre, ó simplemente una resma?

FELIPE. No busco papel... vengo á hablarle de un asunto que

nos interesa á los dos... y si usted me permite que le haga algunas preguntas...

TOMÁS. Preguntas? (Vamos, algun investigador de contribuciones.)

FELIPE. Usted se llama?...

TOMÁS. Tomás para servir á usted.

FELIPE. Natural...

TOMÁS. De...

FELIPE. Tiene usted una hija?

TOMÁS. Si... (Mirándole fijamente.) una hija... Y bien, tengo una hija... Y qué?

FELIPE. Que habrá cumplido ya diez y ocho años.

TOMÁS. Si, señor, diez y ocho años... Y qué? (Con acento un poco destemplado.)

FELIPE. Es todo lo que deseaba saber respecto de ella...

TOMÁS. Ah! (Si será de la policia!)

FELIPE. Volvamos á usted.

TOMÁS. Á mí? Pero qué significa?...

FELIPE. Usted perdió sus padres siendo muy niño.

TOMÁS. Es verdad... siendo muy niño.

FELIPE. Usted debe tener hoy sobre treinta y cuatro años...

TOMÁS. Treinta y cuatro cumplidos

FELIPE. De modo que aunque aparenta usted cuarenta corridos no cuenta mas que treinta y cuatro escasos.

TOMÁS. ¿Si, pero quiero saber á qué viene tantas preguntas?

FELIPE. Á nada.. acabo de apostar con unos á que no era usted padre de Luisa, y veo que he ganado mi apuesta.

TOMÁS. ¡Cómo! ¿por qué no soy padre? (Con asombro.)

FELIPE. ¡Porque si usted tiene treinta y cuatro años y ella diez y ocho, no es de creer que la tuviera usted á los quince! ¡buenos dias! (Sale precipitadamente.)

TOMÁS. ¿Quién es ese hombre? (Despues de un instante de sorpresa.) Voy á saberlo ahora mismo... Y si viene don Pedro entre tanto? (Al salir.) No es de creer que una apuesta... Si viene don Pedro dile que yo (Á Juanillo, que aparece.) tengo, lo entiendes bien, treinta y cuatro mil reales mios y que necesito que me busque mil duros mas.

Oye, dile tambien que alquilo ó vendo la tienda. (Ahora si que necesito dejarla.) Voy á ver si le alcanzo... Treinta y cuatro mil reales, no te equivoques... (Sale en seguida.)

ESCENA XI.

JUANILLO, luego D. PEDRO.

¡Treinta y cuatro mil reales! es decir, que el maestro es rico; ¿Pero cómo quiere el que... que con los treinta y cuatro mil reales del pico le busque don Pedro mil duros mas? ¡Ah! ya caigo... Jugando á las acciones y que le alquile y le venda la tienda si es preciso... El maestro se mete á jugador... (Con alegria.) Cuánto me alegro... Va á ser rico y yo tambien y todos... ¡Que viva el juego! (Saltando.) ¡Ah! voy á apuntar la cantidad no se me olvide... ¿Dónde? En esta pizarra. (Toma un yeso y escribe con números grandes treinta primero y luego cuatro mil.) Un tres, un cero, ahora un cuatro y tres ceros, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis números. Está bien.

PEDRO. ¿Dónde está Tomás? (Entrando y dándole en la espalda.)

JUAN. Ha salido muy deprisa; pero me ha encargado que si venia usted le dijera, que al instante le emplee esa cantidad, que son todas sus economias, en buscar con ella mil duros mas que le hacen falta.

PEDRO. Trescientos cuatro mil reales. No le hacia yo con tanto dinero... (Leyendo.)

JUAN. Pues bien, lo que el maestro quiere es ganar mil duros mas hoy mismo... Y si no basta esa cantidad dice que le alquile usted ó le venda la tienda.

PEDRO. Vamos, adopta mi consejo; se lanza en el juego... sobre esa suma se pueden tomar...

JUAN. Todas las aciones que usted pueda... Y ademas venda usted la tienda, y á mí si hay quien me quiera. Viva el juego.

PEDRO. Voy ahora mismo... (Mirando el reló.)

JUAN. Si, señor, ahora, y yo me voy con usted para traer el recado...

PEDRO. ¡Bueno! pero quién se queda en la tienda.

JUAN. ¡Luisa! ¡Luisa! (Llamando.)

LUISA. ¿Qué ocurre? (Sale.)

JUAN. Que te quedes en la tienda mientras voy yo por mil duros.

LUISA. ¡Por mil duros!

JUAN. ¡Viva el juego! (Saliendo detrás de don Pedro.)

ESCENA XII.

LUISA, luego el CONDE.

LUISA. ¿Pero qué es lo que quiere decir ese chico? Se habrá metido tambien mi padre á jugar? En su afan de procurarme un dote.—¿Y de qué me serviria? Yo no podré nunca poseer el corazon de Ricardo, ni salvar la distancia que separa al médico... de la hija del humilde quinquillero.

CONDE. ¡Está sola! (Entrando insolentemente.)

LUISA. ¡Ah! (Estremeciéndose. Se dirige á la trastienda.)

CONDE. ¡Paloma mia! (Cortándola el paso.) si siempre me huyes del mismo modo nunca podré alcanzarte.

LUISA. Déjeme usted pasar... Ya le he dicho cien veces que no quiero oirle.

CONDE. Pues es preciso que sepas que estoy muerto por tí... Tus amigas te habrán contado mil infamias de mí... todo es mentira. (Se acerca á ella.) Luisa, una criatura tan hermosa como tú no debe vestir de percal... sino de seda y pedreria.

LUISA. Si no sale usted inmediatamente de aqui, llamo á mi padre.

CONDE. El quinquillero está fuera; le he visto salir... (Intenta cogerla una mano.)

LUISA. ¡Dios mio! ¿Por qué me insulta usted? (Retrocediendo y sollozando.)

CONDE. Pero chiquilla, es insultante decirte que te adoro... que deseo darte un abrazo. (La coge violentamente de las manos.)

LUISA. ¡Padre! ¡padre mio!... (Luchando.)

TOMÁS. ¡Canalla! (Entrando furioso y agarrándole por detrás.)

ESCENA XIII.

DICHOS, TOMÁS, luego FELIPE.

CONDE. ¿Á quién se atreve usted á poner las manos encima? ¿No sabe que soy el Conde de la Oliva? (Desasiéndose y con altivez.)

TOMÁS. Pues por eso le voy á sacudir á usted la aceituna.

CONDE. ¿Á mí? ¡un tenderillo! (Cruzándose de brazos.)

LUISA. ¡Por Dios, padre mio! (Interponiéndose.)

TOMÁS. ¡Déjame que le mate!

FELIPE. ¿Qué va usted á hacer? Con qué derecho sale usted á la defensa de esta niña? (Entrando precipitadamente y cogiendo el palo á Tomás.)

TOMÁS. Soy... (Al reparar en Felipe se queda parado.) ¡Ah! ¡es usted! (Á Luisa.) ¡Hija mia! entra un momento mientras yo ajusto una cuenta con este hombre.

LUISA. Padre. (Resistiéndose. Tomás la habla bajo.)

FELIPE. ¿Señor Conde, ama usted á esa chica?

CONDE. Chist... me gusta...

FELIPE. Y si yo le probara á usted que ese hombre no es su padre, que la niña desciende de una casa ilustre, y que posee una gran fortuna?

CONDE. Entonces... me casaria con ella.

FELIPE. Señor Conde, antes de ocho dias será usted su marido.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

AZARES DE AMOR Y JUEGO.

El teatro representa la sala de un cuarto entresuelo. En medio de la sala un banco ó mesa de encuadernador con varios libros encima. Muebles modestos: cortinas de percal blanco en los huecos de las puertas; el aspecto general de esmerado aseo.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS, luego JUANILLO. Tomás, vestido con la ropa de fiesta; pero de chaqueta y muy peinado.

TOMÁS. Pues señor, ha llegado el momento mas solemne de mi vida... ¡el momento de revelarla que no soy su padre!... Cada vez me alegro mas de haber cerrado la tienda... Asi me evito que vuelva ese pajarraco de mal agüero con sus preguntas. ¿Quién podrá ser ese hombre? Por mas que hice, no pude conseguir que me contestara... se fué sin querer decir una palabra... Si le hubiera cogido fuera de casa, yo le hubiera hecho confesar... Pero el temor de que se asustara Luisa, si

veniamos á las manos... En fin, hoy saldremos del paso, hoy sabrá Luisa, que al perder un padre, puede encontrar en mí un... No me atrevo á pronunciar la palabra. (Llaman á la puerta del fondo.) ¿Quién?

JUAN. ¡Soy yo, maestro! (Fuera.)

TOMÁS. La alhaja de mi aprendiz... (Abriendo.)

JUAN. ¿Sabe usted lo que ocurre? (Mirándole con asombro.) ¡Pero señor maestro!...

TOMÁS. ¿Qué?

JUAN. ¿Se va usted á casar?

TOMÁS. ¡Eh!

JUAN. ¡Como está usted tan majo! ¿Solo le falta...

TOMÁS. ¿Qué?

JUAN. La novia.

TOMÁS. ¡Tunante! ¿Qué decias?

JUAN. Que el perro de la marquesa ha medio ahogado al tordo...

TOMÁS. Que no lo sepa Luisa... ¡Demonio de animal!

JUAN. Pero ande usted, que ya las está pagando.

TOMÁS. ¿Qué has hecho?

JUAN. Encerrarle en la trastienda... en el cajon de las recortaduras...

TOMÁS. ¿Y si pregunta por él?

JUAN. ¡De allí no le saco, hasta que Periquito no se ponga bueno! Un tordo que decia...

TOMÁS. ¿Y dónde está el tordo?

JUAN. Le acabo de dar un baño para que se le pase el susto, y además, he avisado á don Ricardo de parte de usted.

TOMÁS. ¿Á don Ricerdo?

JUAN. Si, señor, para que venga á ver á don Periquito.

TOMÁS. ¿Á un médico?... ¿Y para un animal?...

JUAN. Para un animal que habla... Á cuántos asistirá que hablen menos.

TOMÁS. Cuando yo he dicho que vas á hacer que me echen de la casa todavia...

JUAN. Si la marquesa está con nosotros mas contenta que

unas pascuas. Hoy me ha mirado desde el coche y se ha reido... El marido si que tiene mala cara... Dicen que no la quiere...

TOMÁS. ¿Quién dice eso?

JUAN. Domingo, el lacayo.

TOMÁS. Quién hace caso de un lacayo...

JUAN. ¡Ah! ¡Señor maestro! ¡Se me olvidaba! Ayer le dí á don Pedro un papel donde apunté la cantidad que usted me dijo.

TOMÁS. ¡Ah! si, y le dijiste..

JUAN. Que se la empleará á usted en acciones de minas.

TOMÁS. Que la empleará... ¿Estás en tu juicio?

JUAN. Hasta ganar mil duros.

TOMÁS. ¿Qué has hecho, pícaro?

JUAN. Lo que usted mandó.

TOMÁS. ¿Cómo lo que yo te mandé? Yo te dije que sobre treinta y cuatro mil reales de economias que yo tengo, me buscará hasta mil duros. ¿Cuánto va á que ese buen hombre ha comprado acciones y me ha arruinado?... ¡Si no sé cómo no te doy una paliza!...

JUAN. ¡Una paliza por hacerle á usted rico? ¿Á que ha comprado acciones y ha doblado usted el dinero?

TOMÁS. Por tí si que van á doblar algun dia... Ve corriendo á su casa y dile de mi parte que venga.

JUAN. ¿Por qué no se explicó usted bien? Pues si yo le encargué que jugará sobre la tienda y sobre todo.

TOMÁS. ¡Jesus! ¡qué infame! Á su casa en seguida, y mira...

JUAN. ¡No tiene usted alma!... Todo se le va á usted por la boca. ¡Viva el juego!

TOMÁS. ¡Tunante! (Cogiendo una regla.)

ESCENA II.

TOMÁS, LUISA.

TOMÁS. ¿Pero en qué lio me ha metido ese muchacho? ¡Ah! ¡Luisa!... (Pues no estoy ya temblando...)

LUISA. ¿Por qué reñia usted con Juanillo?

TOMÁS. (Que no se entere...) Por nada...

LUISA. Pero padre, ¿qué es esto? (Reparando en él.) ¿Para qué se ha puesto usted asi?

TOMÁS. Para... verte...

LUISA. ¡Bah! No me lo quiere usted decir...

TOMÁS. ¿Qué tal estoy?

LUISA. Muy bien.

TOMÁS. ¿De veras? (Satisfecho.)

LUISA. Es un vestido muy bien hecho... Parece de medida.

TOMÁS. (¡Uf! el vestido únicamente.) (Contrariado.)

LUISA. Bien podia usted haberme llevado á comprarlo... Quiere usted ir siempre solo para comprarse lo peor...

TOMÁS. (Pues, señor, vamos al grano...) Escucha, Luisa... Los dias de ceremonia... los dias en que estrena uno ropa, son aquellos en que se trata de un acontecimiento, y hoy es un dia muy solemne para tí.

LUISA. ¿Para mí? Lo dice usted de veras?

TOMÁS. Hoy tengo que revelarte un gran secreto...

LUISA. ¡Un gran secreto!

TOMÁS. Un secreto que tú debias haber adivinado. Un secreto relativo á tu nacimiento...

LUISA. ¿Á mi nacimiento! Qué es lo que usted quiere decir...

TOMÁS. Quiero decir... que tú... no eres... mi hija. (Muy conmovido.)

LUISA. ¡Que no soy!... ¡Oh! ¡eso es imposible! Me querria usted como me quiere si no fuera mi padre? ¡Já! por Dios, ¿no es verdad que soy su hija?

TOMÁS. No, Luisa.

LUISA. ¡Dios mio! qué desgraciada soy... (Llorando.)

TOMÁS. ¡Bah! ¡Hija de un quinquillero!... No es un nacimiento que se deba desear...

LUISA. ¡Hija de un hombre honrado! ¿Quién me querrá ahora?... (Con orgullo.)

TOMÁS. ¡Yo! siempre yo, Luisa.

LUISA. ¿Me lo jura usted?

TOMÁS. Si, Luisa... yo te amaré siempre; y si no es como un

padre, será como un amigo, como un hermano... como un..:

LUISA. ¡Si! siempre como un padre... ¿Me amará usted asi?

TOMÁS. ¡Ah! ¿Si tú lo quieres de un modo absoluto?

LUISA. Ahora ya estoy serena... ya puedo escucharle.

TOMÁS. Pues bien; ya te lo he dicho, no soy tu padre... Yo te recibí de manos de una excelente mujer en los momentos en que la infeliz espiraba... Cuando te confió á mi cuidado solo me reveló el nombre de tu madre. Magdalena de Ponzoa, condesa del Olmo, á quien hace quince años que busco inútilmente.

LUISA. Pero no le entregó á usted ningun otro...

TOMÁS. Si; un legajo de papeles que no debo examinar hasta el dia en que cumplas diez y ocho años.

LUISA. ¡Dentro de un mes!... ¿Y usted consintió en encargarse de mí y me ha alimentado desde entonces con su trabajo? ¿Y yo he aceptado como si fuera su hija?

TOMÁS. Tú has hecho en cambio por mí mas de lo que yo por tí.

LUISA. ¿Qué he hecho yo?

TOMÁS. Cuando yo te adopté por hija mia, era un mozo gastador que consumia en francachelas cuanto ganaba... Asi que me vi padre de familia, dije: «es preciso ahorrar y tener conducta para mantener á esta criatura.» Fuí suprimiendo poco á poco los amigos y el Valdepeñas, hasta que concluyó por saberme bien el agua clara... Mas adelante me pareció poco ahorrar y tuve ambicion... Y si hoy me veo hecho un comerciante de la Puerta del Sol con treinta y cuatro mil reales en cartera y la casa puesta; todo te lo debo á tí, todo es obra tuya.

LUISA. ¡Ah! usted es mi padre verdadero. Usted ha sido un ángel para mí... (Sollozando le abraza.)

TOMÁS. Chiquilla, seca tus lágrimas y no me aflijas...

LUISA. ¡Ah! ¿Cómo podré yo pagar?... (Tratando de reir.)

TOMÁS. ¡Otra vez!... Pero si lloras cuando te ries, es como si me echaras agua en el vino.

LUISA. Pues bien, ya no lloro... (Sonriendo.) ¿Está usted contento?

TOMÁS. Eres muy buena y muy linda. (La toma la cabeza para abrazarla y se detiene.) ¿Qué voy á hacer?

LUISA. Pero estoy pensando que para que usted me haya revelado este secreto habrá ocurrido algo...

TOMÁS. Si... Ha ocurrido... En fin, mi posicion era demasiado falsa...

LUISA. (Con interés.) ¿Pero yo no necesitaré abandonar á usted?

TOMÁS. ¿Te causaria mucha pena?

LUISA. ¿Y usted me lo pregunta? ¿Cree usted que yo me acostumbraria á vivir separada de quien me ha cuidado desde mi infancia, de quien representa toda mi familia?

TOMÁS. Pues oye... Cuando yo te adopté tenia diez y ocho ños; pero con el trabajo y el abandono representaba veinte y cinco .. Te hice pasar sin dificultad por mi hija, y luego, á medida que has ido creciendo, he procurado yo aparentar mas años... pero á pesar de mis precauciones hay ya quien sospecha que no seas mi hija... Esto se puede descubrir, y antes de que suceda he dicho: «Luisa tiene ya diez y ocho años... al perder »un padre necesita un marido .. tal vez ella haya ele»gido ya... y me tenga que decir...»

LUISA. (Con rubor.) Estaba tan poco prevenida...

TOMÁS. Pero ¿qué inconveniente puedes tener en abrirme tu corazon... ¿Amas tú á algun hombre lo bastante para desear que sea tu marido? ¡Vamos, valor!... Habla. (No tengo una gota de sangre en mis venas.)

LUISA. Pues bien, ya que usted se empeña... Quiero á un hombre... sí, le quiero...

TOMÁS. ¡Tú! tú amas... dime... dime... ¿quién es? No, espera todavia... (Toma de la mesa un vaso de agua y se le bebe.) Habla ahora... ¿Cómo es, dí?

LUISA. Es jóven...

TOMÁS. (Con miedo.) ¡Ah!... ¿muy jóven?...

LUISA. Ademas... es guapo...

TOMÁS. ¿Muy guapo?... ¿muy guapo?

LUISA. Si.

TOMÁS. (Dios mio... ¡malo! no podré luchar con él.)

LUISA. Ademas... es instruido, sábio.

TOMÁS. (Si; decididamente... es imposible... (Se quita el pañuelo del cuello.) No sé qué tengo que me ahogo.)

LUISA. (Confusa.) ¿No me pregunta usted mas?

TOMÁS. No, basta... ¡Ah! si, falta su nombre, que no me le has dicho todavia...

LUISA. Bien, se llama ..

TOMÁS. ¿Cómo?

LUISA. No me atrevo...

TOMÁS. ¡Ah! ¿es que has hecho una mala eleccion? ¿Te has fijado en algun hombre indigno?

LUISA. (Vivamente.) Oh, no... Es Ricardo.

TOMÁS. ¡Ricardo! (Esto me hace bien y mal á la vez.) ¿Y él sabe ya?

LUISA. ¡Oh! nada... Yo misma no sé cómo explicarme... Los cuidados que él me prodigó hace tres años cuando estuve á las puertas de la muerte... Su mirada triste y cariñosa... Al salir de una enfermedad, me encontré con otra mas terrible que aumenta de dia en dia... Si, porque hoy le amo, le adoro... Cuando le he dicho á usted su nombre no podia contener los latidos de mi corazon... Mi alma es suya... No vivo sino pensando en él, y si usted hubiera condenado este amor, habria renunciado á él; pero me hubiera costado la vida! (Durante el parlamento que Luisa ha dicho con los ojos bajos, Tomás se ha quitado la chapueta y el chaleco y se pone su mandil.)

TOMÁS. (Muy conmovido.) ¡Luisa!... haces bien en amarle...

LUISA. ¿Aprueba usted mi eleccion? Pero hay tanta distancia entre los dos que no llegará nunca...

TOMÁS. Yo procuraré salvarla... Es guapo... es jóven... es sábio... Tienes razon... Yo le veré, le sondearé... Pero estás segura de que le amas?

LUISA. ¡Hace tres años!

TOMÁS. Cuenta conmigo.

LUISA. Gracias, padre mio. ¿Me permite usted que le dé *siem-*

pre este nombre?

TOMÁS. Si... hija. (Ya puedo abrazarla.) (La abraza.)

LUISA. Hasta ahora. (Parte por el fondo.)

ESCENA III.

TOMÁS, luego JUANILLO.

¡Ah! bárbaro Tomás! ¿conque tú habias pensado que se enamoraria de tí? (Mirándose á un espejo.) Una criatura tan linda... tan fina... enamorarse de un tio zafio... basto... de un quinquillero... Que tienes buen corazon... Pero eso no se lleva en la cara, que es la que miran las muchachas... (Dando grandes paseos.) Vamos, soy un bruto!... Ha sido un desengaño merecido. La culpa es mia... Seria yo ahora un mal hombre si me incomodara... mi deber es hacerla feliz y es preciso ocuparse de eso en seguida...

JUAN. (Desde la escalera.) ¡Señor maestro! ¡Señor maestro!

TOMÁS. ¿Qué le ocurre á ese loco?

JUAN. ¡Viva!... (Entrando radiante de alegria.) Ya iba yo á decir lo que don Periquito! Prepárese usted á oir la gran noticia... (Dando un brinco y tirando las herramientas.) Se acabaron las herramientas y el taller...

TOMÁS. ¿Qué haces, botarate? (Dirigiéndose á él con una regla.)

JUAN. Lo que me dá la gana. «Ya somos ricos.» Usted, yo, Luisa, don Periquito...

TOMÁS. ¿Pero que desórden es este? ¿Tú has bebido?... (Cogiéndole de un brazo.)

JUAN. No señor; pero beberé... Yo me quiero emborrachar... Fonda de Europa. ¡Doce reales el cubierto! Un simon de alquiler... un mazo de cigarros... café con copa... y luego por la noche al teatro de Novedades... ¡Viva!.. ¿Á que la suelto todavia?

TOMÁS. (Zarandeándole.) ¿Á que te rompo yo hoy una costilla?

JUAN. ¿Desde que es usted rico, empieza usted á tener mala educacion?

TOMÁS. ¿Pero qué es lo que dices? ¿Qué tonterias son esas?

JUAN. Que mi equivocacion le ha hecho á usted poderoso...

TOMÁS. ¡Poderoso!

JUAN. Que la cantidad que yo dije á don Pedro por escrito-la ha empleado en acciones y que las acciones han subido qué sé yo hasta dónde, hasta la torre de Santa Cruz...

TOMÁS. ¿Pero cómo ha podido comprar sin el dinero?

JUAN. ¡De palabra! ¿Pues qué se necesita dinero para eso? Como decia un señor muy gordo que hablaba con don Pedro: «Yo compro con el crédito.» Á lo que le contestó otro señor muy delgado: «Aqui todo el mundo tiene »crédito menos el Gobierno.»

TOMÁS. Pero si todo eso que me dices es absurdo... Mientras yo no oiga á don Pedro...

JUAN. Ahora le dirá á usted... Si viene detrás de mí... (Acercándose á la puerta.) Ya sube la escalera... Corra usted, que mi amo no quiere creer... ¡Aquí está!

ESCENA IV.

DICHOS, D. PEDRO.

TOMÁS. (Dirigiéndose á D. Pedro.) Pero señor don Pedro, ¿qué es lo que me cuenta este tunante?

PEDRO. (Muy fatigado y con un legajo grande de acciones de minas.) La verdad, amigo Tomás, que ya es usted rico! ¡Déjeme usted descansar! (Se sienta.)

TOMÁS. ¡Rico!

JUAN. Serénese usted, señor don Pedro, serénese usted. (Haciéndole aire con la gorra.)

PEDRO. Comprendiendo que era una inspiracion feliz la que habia usted tenido al decirme que le empleara en acciones sus economias, corrí á la plaza de la Leña y los trescientos cuatro mil reales que Juanito me dijo, los coloqué en trescientas cuatro acciones de la *Inagotable*!

JUAN. ¡Bravo! eso se llama jugar. ¿Se va usted serenando?

PEDRO. Una compra tan extraordinaria puso en alarma á los vendedores, y cuando acababa de cerrar el trato, se recibe un telégrama se Granada diciendo, pásmese usted› que se ha cortado el filon y que tiene seis metros de potencia!

JUAN. ¡Seis metros de potencia!

TOMÁS. Pero, señor, si yo no he dado tal órden, ni tengo... (Con sorpresa.)

PEDRO. Tan estupenda noticia hizo que todo el mundo se agolpara á mí y que me pidieran las acciones con un ciento por ciento de ventaja. Los mismos vendedores, me las querian comprar á dos mil realos. Yo, que conozco á los jugadores y que sé que lo que hay que aprovechar son las grandes noticias, antes de que se desmientan, contesté: «las pago á tres mil reales.» Ni una bomba hubiera hecho mas efecto. Mi salida ha producido un alboroto y la «Inagotable» se pone hoy á cuatro mil reales. Conque aqui tiene usted sus trescientas cuatro acciones, que valen cuando menos un millon de reales

JUAN. ¡Un millon, con seis metros de potencia!

TOMÁS. Pero señor don Pedro, le estoy escuchando á usted y no me explico... Pero es posible que una equivocacion de este atolondrado haya producido una fortuna...

PEDRO ¿Cómo una equivocacion?

TOMÁS. Porque ni yo le dije que colocara usted mis economias en acciones, ni ellas ascienden á trescientos cuatro mil reales. Lo único que yo le encargué fué que sobre mis treinta y cuatro mil reales, me buscara usted mil duros mas.

PEDRO. Aqui dice... (Enseñando el papel que le dió Juanillo.)

JUAN. Treinta primero, y cuatro mil luego (Tomando el papel.)

PEDRO. Es decir que por escribir treinta y cuatro mil escribiste trescientos cuatro mil?

JUAN. ¡Ay! ¡Pues tiene usted razon!

TOMÁS. Lo ve usted, señor don Pedro...

PEDRO. De todos modos yo he hecho la operacion como si tuviera usted la cantidad y para usted son los resultados.

TOMÁS. Pues yo no puedo aceptarla.

PEDRO. ¿Por qué? (Con sorpresa.)

TOMÁS. Porque si usted hubiera perdido, ¿con qué habria yo podido pagarle?

PEDRO. Pero como ahora no se trata de eso...

TOMÁS Ademas, la compra es nula: usted ha comprado con un dinero que yo no tenia.

PEDRO. La probidad de usted es digna de respeto, amigo Tomás; pero yo soy tambien hombre honrado, y le aseguro que debe aceptar la fortuna que le traigo sin escrúpulo de conciencia. Yo he jugado sobre cuanto usted posee, tienda, traspaso, y todo pasa de los trescientos mil reales.

TOMÁS. Señor don Pedro...

PEDRO. Nada, es usted rico; si el alza sigue como va, llegará usted á ser poderoso, y podrá usted dotar á su hija y casarla con quien quiera. Acepte usted por ella.

JUAN. Y por mí, que tambien necesito un dote...

TOMÁS. ¡Por ella! Es verdad... ¿Y yo le debo á usted entonces?

PEDRO. Trescientos cuatro mil reales que me pagará usted en cuanto reduzca á métalico algunas de estas acciones.

TOMÁS. ¿Pero no seria mejor vender ahora?

PEDRO. Yo le avisaré á usted. Ahora seria darlas por la mitad de su precio...

JUAN. ¿Seguirán subiendo?

PEDRO. Si, y tú por tu equivocacion bien mereces un par de ellas.

TOMÁS. Las merece todas.

JUAN. ¡Maestro! Yo con ocho mil reales me contento para redimirme del servicio cuando me toque la suerte, y seguir manteniendo á mí pobre madre, que está impedida.

TOMÁS. Ni á tí ni á ella os faltará nada de aqui en adelante.

PEDRO. Amigo Tomás, no venda usted hasta que yo le avise.

(Dándole la mano.)

TOMÁS. Vuelva usted á llevárselas si quiere.

ESCENA V.

TOMÁS, JUANILLO, luego RICARDO.

JUAN. ¿Pero, señor maestro? ¿que tiené usted que no se alegra?

TOMÁS. ¿Tú crees que la felicidad se encierra en el dinero? (Se pone á revolver las acciones.)

JUAN. ¿Pero qué hace usted?

TOMÁS. Buscar mis herramientas para ponerme á trabajar.

JUAN. ¡Jesus, qué hombre, todavia piensa en trabajo!

RICARDO. ¡Buenos dias! (Entrando.)

JUAN. ¡Ah! don Ricardo que viene á ver á don Periquito. Voy por él en seguida. Con la alegria me habia olvidado de mi pobre enfermo.

ESCENA VI.

RICARDO, TOMÁS.

RICARDO. ¿Qué quiere decir este chico?

TOMÁS. Nada... (¡Es muy guapo!) (Mirándole).

RICARDO. ¿Por qué me miras asi?

TOMÁS. Porque tengo un placer en ver á usted.

RICARDO. Juanillo me ha dicho que te sentias mal.

TOMÁS. ¿Yo mal?... No se trata de mí sino de usted... señor médico, se encuentra usted mas alegre que ayer.

RICARDO. Lo mismo, amigo Tomás, mi suerte no puede cambiar fácilmente.

TOMÁS. ¡Quién sabe!

RICARDO. ¿Qué quieres decir?

TOMÁS. Usted, que conocerá el valor de estos papeles, ¿me quiere decir cuánto vale cada accion de estas?

RICARDO. (Leyendo.) «La Inagotable.» El acontecimiento del mer-

cado. Ahora cuando he pasado por la plaza de la Leña todo el mundo la pedia. Un alza increible.

TOMÁS. ¿Pero cuánto vale?

RICARDO. ¿Qué sé yo? Las he visto pagar á cuatro mil reales y nadie queria vender.

TOMÁS. De modo que por un papel de estos le darian á usted...

RICARDO. Doscientos duros cuando menos.

TOMÁS. Ayer me dijo usted que con tres mil duros seria usted el mas feliz de los hombres...

RICARDO. Si, pero...

TOMÁS. Pues tiene usted ochenta mil reales... veinte acciones. (Dándole veinte acciones.)

RICARDO. ¿Qué siguifica?

TOMAS. Señor don Ricardo, ¿quiere usted permitir á un pobre hombre á quien ha salvado usted una... hija de las garras de la muerte, que le preste á usted esta suma?

RICARDO. ¿Un préstamo?

TOMÁS. Un préstamo sobre su porvenir de usted... Estoy seguro de cobrarme.

RICARDO. ¡Oh! es un sacrificio que no puedo aceptar. Me ofreces toda tu fortuna.

TOMÁS. ¡Mi fortuna! (Enseñando las acciones.) Me quedan doscientas ochenta y cuatro todavia.

RICARDO. ¿Es posible? ¿Pero cómo has adquirido una fortuna?...

TOMAS. Un golpe de azar que ya te explicaré otro dia... ¿Conque aceptas?

RICARDO. Quedándote como dices... Si, acepto. (Dándole la mano y tomándole las acciones.) ¡Mi querido Tomás, mi salvador, tú me vuelves á la vida!

TOMÁS. ¡Mejor! Asi estamos ya pagados. (Es cuanto puedo hacer por Luisa.)

RICARDO. ¡Ah! me has tendido una mano al borde del precipicio... El lujo... la fortuna... por un dia... por una hora... y hubiera dado mi vida en cambio... Si, porque el lujo... la fortuna... son los únicos que pueden acercarme á ella...

TOMÁS. ¡Á ella! ¿Á quién?

RICARDO. ¡Ah! no te lo he dicho... á una mujer adorable que con su hermosura y sus encantos se me ha aparecido en medio de mi oscuridad; como un rayo de luz en medio de las tinieblas!

TOMÁS. (¡Dios mio! ¡no es á Luisa á quien ama!)

RICARDO. Ya te lo contaré todo... Desde que la conozco, el trabajo se me ha hecho imposible... la calma ha huido de mi corazon... Yo no tengo mas aspiracion que ella...

TOMÁS. ¿Tanto la amas?...

RICARDO. Que si la amo... ¡Es el único pensamiento de mi vida!

TOMÁS. (¿Y Luisa?)

RICARDO. Desde que puedo acercarme á ella, cada instante que cerre sin verla, me parece un siglo de felicidad perdido... Perdona si te abandono tan pronto... ¡Adios!

TOMÁS. ¿Cómo se llama esa mujer?

RICARDO. La baronesa del Piélago. ¡Adios!... mi gratitud será eterna. (Sale precipitadamente.)

ESCENA VII.

TOMÁS, luego MAGDALENA.

TOMÁS. (Con afliccion.) Corre... vuela... y entre tanto mi pobre Luisa sueña con su amor... Y yo he puesto en manos de este hombre los medios de consumar la desgracia de mi... hija... Pero si él no la ama... ¿Quién sabe si al acercarse á esa mujer que él cree poseer por medio del lujo, encontrará el desengaño y entonces volverá sus ojos hácia un corazon tierno y sencillo... ¿Pero cómo digo yo á Luisa que Ricardo ama á otra mujer? (Llaman á la puerta que Ricardo ha dejado entornada.) Llaman. ¿Quién será? Adelante. (Levantándose al ver á la marquesa que entra.) ¡La señora marquesa por mi casa!...

MAGD. Buenos dias, amigo mio... No le extrañe á usted mi presencia... Nuestra entrevista de ayer me ha hecho formar de usted una excelente opinion. Sé que el descuido de mis criados ha sido causa de que mi faldero

maltrate á un pobre pájaro que usted estima mucho, y vengo á preguntarle cómo podré yo indemnizarle de este disgusto?

TOMÁS. Señora, agradezco á usted en el alma el interés que me muestra... ¿Pero qué es lo que usted podria ofrecerme? Dinero... No le necesito... Ahí tengo un capital que no he contado todavia.

MAGD. (¡Qué hombre tan singular!) Si desprecia usted el dinero habrá algo que desee conseguir... Si está en mi mano...

TOMÁS. No deseo nada... Soy... dichoso... muy dichoso...

MAGD. Ese tono de amargura me revela que sufre usted algun pesar terrible... Yo no tengo derecho á saberle; pero si le supiera...

TOMÁS. Pues si, señora, sufro un gran pesar... Y usted me parece tan buena que no tengo inconveniente en decírsele, por mas que usted no pueda hacer nada por mí...

MAGD. ¡Quién sabe!

TOMÁS. En dos palabras, señora, yo he adoptado una niña...

MAGD. ¿Esa hermosa criatura que yo he visto tantas veces con envidia, colmándole de caricias? (Con interés.)

TOMÁS. La misma. Yo he pasado y paso por su padre... En realidad lo he sido para ella, y hoy que tengo que separarme...

MAGD. ¿Por qué?

TOMÁS. Porque ha crecido demasiado... Y ademas hay quien duda que sea yo su padre... Por eso ante la idea de que yo pudiera perjudicar á la opinion de ese ángel... prefiero separarme de ella.

MAGD. ¡Noble corazon! Hace usted bien en librar de toda sospecha la pureza de esa niña.

TOMÁS. Y ademas, hay una cosa que no sé cómo confesar á usted...

MAGD. ¿Qué es pues?

TOMÁS. Imagínese usted, señora. (Con una alegria afectada.) que yo me habia figurado que cuando mi Luisa se aperci-

biera de que yo no era su padre... ella, tan linda, tan buena... llegaria á ser mi... ¡Ah! ¿no es verdad que soy un imbécil? ¡un majadero!

MAGD. (¡Ah! ¡está enamorado de ella!)

TOMÁS. Pero de todos modos usted comprenderá que desde que ella sabe que no es mi hija, es preciso tomar un partido.

MAGD. Si; no hay duda ..

TOMÁS. ¿Pero qué hago yo con esta criatura?

MAGD. ¿Quiere usted colocarla entre tanto en un convento donde será tratada como si fuera mi hija, por una parienta mia?

TOMÁS. ¡Ah! señora, eso seria abusar demasiado...

MAGD. ¿Qué abusar? Yo le daré á usted una carta para la superiora de las Trinitarias, mi tia, Sor Juana de Ponzoa...

TOMÁS. ¡Ponzoa! dice usted. (Con sorpresa.)

MAGD. Si; hermana de mi difunto padre el conde del Olmo.

TOMÁS. El conde del Olmo... ¡Será posible! Pero no hay otro título del mismo nombre? Yo creo que no...

MAGD. No; no le hay.

TOMÁS. ¿Ese conde, tenia una hija que se llamaba Magdalena Ponzoa?

MAGD. Magdalena soy yo...

TOMÁS. Usted, señora...

MAGD. ¡Yo! ¡Pero qué significa!...

TOMÁS. Perdone usted, pero estaba lejos de pensar que la marquesa de hoy... fuese la señorita Magdalena... ¡Gracias, Dios mio!

MAGD. Pero, en fin, ¿qué hay? (Con ansiedad.)

TOMÁS. ¡Que usted es la persona á quien busco hace quince años!

MAGD. ¡Yo!

TOMÁS. ¿Y usted vivia en la misma casa?... y nos encontrábamos todos los dias sin sospechar... siquiera... Hace usted bien en interesarse por la niña... Si el grito de la sangre...

MAGD. ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?
TOMÁS. ¿Recuerda usted el pueblo de Fraga?
MAGD. El pueblo de... Si, si.
TOMÁS. Y en ese pueblo vivia hace quince años...
MAGD. Eugenia, mi hermana de leche, á quien yo confié... (Muy agitada.)
TOMÁS. ¿Una criatura de tres años?
MAGD. ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?
TOMAS. Eugenia me entregó en depósito momentos antes de espirar...
MAGD. ¡Hija de mis entrañas! ¿Dónde está?... ¡Ah! (Al ver entrar á Luisa. Va á lanzarse á ella y Tomás la detiene diciéndola al oido.)
TOMÁS. ¿Puede usted darla el título de madre públicamente?
MAGD. No. (Con profundo dolor.)
TOMÁS. ¡Silencio entonces, señora, silencio!

ESCENA VIII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. ¡La señora marquesa!
MAGD. (¡Ah! ¡es ella!... ¡Mi hija!)
TOMÁS. Si, la señora marquesa, que viene á buscar su faldero, que Juanillo ha encerrado en la trastienda... La he contado la revelacion que acabo de hacerte y quiere encargarse de tí.
LUISA. ¿De mí? ¡Dios mio! ¿Tengo que dejar á usted?
MAGD. Tranquilícese usted, hija mia... Si usted no quiere, no se separará de aquel á quien ha llamado siempre padre...
LUISA. Como que él ha sido toda mi familia... y su cariño me ha hecho olvidar la ausencia de mi madre...
MAGD. Es verdad, hija mia... Has crecido sin los besos y sin las caricias de esa madre á quien habrás acusado de su abandono...
LUISA. ¡Oh! nunca... La pobre debe ser muy desgraciada,

cuando ha tenido que separarse de su hija...

MAGD. Muy desgraciada hi... (*Muy conmovida.*)

TOMÁS. Señora, qué va usted á decir? (*Bajo.*)

MAGD. Si tú hubieras conocido á tu madre la habrias querido mucho. ¿Verdad?

LUISA. La habria adorado con toda mi alma.

MAGD. ¡Luisa!

TOMÁS. ¡Hum! ¡hum! Vaya si la hubiera querido...

MAGD. ¿Y si la volvieras á encontrar un dia, la perdonarias por haberte abandonado?

TOMÁS. ¡Hum! ¡hum!

LUISA. ¡Oh! si yo tuviera la dicha de volverla á encontrar la diria de rodillas. Madre mia, perdóneme usted la pena y el dolor que le he causado en este mundo. Perdóneme usted porque á fuerza de cariño y de ternura, quiero hacerla olvidar las lágrimas que habrá derramado desde el dia en que se vió obligada á entregarme á otra...

MAGD. Luisa... Angel mio... (*Sin poderse contener. Va á arrojarse al cuello de Luisa y Tomás la detiene.*)

TOMÁS ¡Hum! ¡hum! Ya ve usted señora que no la he engañado... (*Muy conmovido.*) que mi Luisa es una buena hija, que tiene bellos sentimientos, y que merece que se interese usted por ella?

MAGD. ¡Ah! ¡es una santa!

TOMÁS. Yo he sido quien ha formado ese corazon. (*Bajo.*) Está usted contenta de mí?

MAGD. ¡Oh! cómo podré yo pagarle... (*Á Tomás.*)

TOMÁS. Tenemos que hablar. (*Bajo á Magdalena.*) Luisa, la señora marquesa no puede detenerse mas tiempo. Y es preciso que vayas á buscar su perrito.

MAGD. ¿Dónde está encerrado?

TOMÁS. En el cesto de las recortaduras... Ese diablo de Juanillo...

LUISA. ¡Pobre animal! Voy corriendo.

ESCENA VIII.

TOMÁS, MAGDALENA, luego LUISA.

MAGD. ¡Hija de mi vida! ¿Cómo he podido contenerme? Despues de quince años que hace que la lloro... La noticia de la muerte de Eugenia llegó á mí con la del robo de mi Luisa... Y cuando despues de tantos años de lágrimas y de sufrimientos vuelvo á encontrarla, no puedo estrecharla contra mi corazon y colmarla de bersos?

TOMÁS. Pero, Señora, usted me ha dicho que no puede llamarla su hija...

MAGD. Y asi es... Apenas se supo hace diez años que Ernesto el padre de mi hija, habia muerto en la emigracion, la voluntad inflexible de mi padre me obligó á casarme con el marqués de Portal, mi actual marido...

TOMÁS. ¿Y ese hombre ignora?...

MAGD. Imagínese usted, mi buen amigo, si llegara á descubrir...

TOMÁS. Pues bien, es preciso por usted y por mí buscar á Luisa un lugar seguro...

MAGD. Si, hoy mismo.

TOMÁS. ¡Ah! ¡ya está aqui! (Al ver á Luisa.)

MAGD. Yo necesito abrazarla con cualquier pretexto... ¡Un solo abrazo!...

TOMÁS. Veremos... yo lo compondré...

LUISA. Aqui tiene usted al prisionero... (Entrando con un perrito americano.) ¿Pero está usted temblando, señora? ¿Se siente usted mal?

TAMÁS. ¿Qué es eso? ¿La señora se pone mala? Luisa, sosténla en tus brazos, no la vaya á dar algo.

LUISA. ¡Oh! las palabras que me acaba de decir sobre mi madre la han conmovido? Tal vez haya tenido alguna hija y el recuerdo... (Sosteniéndola.)

MAGD. Si, el recuerdo... (Abrazándola y besándola.)

TOMÁS. (¿Á que lo echa todo á perder?) (Dirigiéndose á la ventana y volviendo al foro.) Señora marquesa, el señor marqués, sale ahora de su casa, y creo que se dirige aqui. Tal vez le hayan dicho...

MAGD. ¡Jesus! mi marido... Adios, Luisa... Ya volveré á verte.

LUISA. Pero usted, cómo va usted á bajar sola?

MAGD. Ya me siento bien. Adios, amigo mio. (Dando la mano á Tomás, Luisa la acompaña.)

TOMÁS. (Ya te he encontrado tu madre: ahora voy á buscar al hombre á quien adoras.) (Mirando á Luisa.)

FELIPE. Espera... (saliendo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PODER DEL ORO.

Un salon elegante, amueblado con lujo. Puertas en el fondo que dejan ver otras salas.

ESCENA PRIMERA.

LOPEZ, RAMIREZ, el CONDE, FELIPE, D. PEDRO: todos vestidos de etiqueta.

PEDRO. (Entrando.) Pero señores, ¿qué hacen ustedes aqui, cuando las damas esperan en la sala de baile?

LOPEZ. Hemos dejado el baile por otra ocupacion mas entretenida.

PEDRO. ¿Por mas?

RAMIREZ. ¿Por la de murmurar?

PEDRO. La ocupacion favorita de los españoles. ¿Y á quién estan ustedes cortando un vestido?

CONDE. ¿Á quién ha de ser sino á la dueña de la casa?

PEDRO. Esa es la costumbre. ¿Y quién tenia las tijeras en la mano?

Lopez. Quien las tiene siempre, el Conde.

Conde. Es verdad, yo murmuro; pero ustedes escuchan.

Pedro. ¿Y hay quien se atreva á murmurar de una señora que nos recibe tan esplendidamente?

Conde. Pues de esa esplendidez es de la que se habla.

Pedro. ¿Y qué se dice?

Conde. Que esta fiesta es el último adios que la baronesa da á su fortuna y á sus amigos.

Pedro. ¿A su fortuna?

Conde. Lo extraño es que un hombre de negocios, como usted ignore que la baronesa está arruinada.

Pedro. ¿Pero arruinada hasta el punto?...

Conde. De que nada de cuanto hay aqui le pertenece ya á estas horas...

Pedro. Estos muebles... estos espejos?

Ramirez. Estan ya vendidos.

Pedro. ¿De modo que la baronesa?...

Conde. Acaba como empezó... bailando.

Felipe. Pero es cierto que la baronesa...

Conde. ¿Consiguió sus primeros triunfos en el tablado de un teatro? Todo el mundo lo sabe. Amigo Mendaño, ¿usted debe haber vivido mucho tiempo en provincias?

Felipe. Mucho..

Conde. Ya se conoce, cuando ignora usted que bailando el jaleo, fué como la graciosa Lola inspiró al baron del Piélago la pasion que llegó á convertirla en su esposa. Pues otra pasion es la que le obliga ahora á arruinarse.

Felipe. ¡Otra pasion!...

Conde. Señores, la baronesa está locamente enamorada...

Lopez. ¿De quién? Ya está aqui...

ESCENA II.

DICHOS, MATILDE.

Matilde. Amigos mios, ¿cómo tan entretenidos? ¿De quién se murmura?

CONDE. De una mujer que cansada de ser rica, se ha propuesto...

MATILDE. ¿Llegar á ser pobre?

PEDRO. Mal gusto tiene esa señora.

MATILDE. ¿Y por qué? ¿Porque se deshace de una riqueza, que no ha podido llenar el vacio que siente en su corazon? ¿Porque desea encontrar un hombre que la adore sin preguntar antes qué rentas tiene?

PEDRO. ¿Y dónde se encuentra ese mortal?

LOPEZ. Amigo don Pedro, acostumbrado usted á sumar y restar todos los efectos en su libro de caja, no concibe que puede haber un alma tan romántica, tan sublime...

CONDE. Como la de Ricardo, enamorado de la señora baronesa, y empeñado en que deje de ser rica para casarse con ella.

FELIPE. ¡Já! ¡já! ¡Soberbia ocurrencia!

PEDRO. ¡Soberbia extravagancia!

MATILDE. Extravagancia que me he propuesto realizar, aunque no sea mas que por distraerme.

FELIPE. De modo, que esta série de fiestas, de bailes, de cenas, significa?

CONDE. Que la baronesa lleva á cabo su proyecto muy de prisa.

PEDRO. ¿Pero ese pobre diablo de Ricardo, ha perdido el juicio?

MATILDE. Muchas gracias.

PEDRO. Señora, no lo digo por lo de haberse enamorado de usted... Eso se comprende tanto, que yo mismo á no ser...

CONDE. Un banquero...

PEDRO. Á no ser un hombre fuera de juego... Pero lo que no se explica es que usted acceda á sus locuras.

MATILDE. Cuando se ha soñado muchas veces con un amor puro, sencillo, desinteresado, ideal, es preciso recibirle segun se presenta á nuestras puertas. Yo he tenido la fortuna ó la desgracia de que se me aparezca bajo la forma de un loco, y tal como viene le recibo.

CONDE. ¡Bravo! Ahora verán los que la juzgaban á usted incapaz de sentir otro placer que el del lujo, los que la llamaban la estátua de mármol, como se ven obligados á confesar que hay tambien volcanes coronados de nieve...

FELIPE. Poético está el Conde...

LOPEZ. Es que está sin un cuarto. (Á Felipe.)

MATILDE. Aunque debajo de sus palabras, señor Conde, se oculte como siempre la ironia, no pasará mucho tiempo sin que la baronesa del Piélago, sea la humilde, pero feliz esposa de Ricardo...

PEDRO. Qué novela tan interesante.

RAMIREZ. ¿Y en qué capítulo estamos?

MATILDE. En uno de los últimos. Durante la primera semana de mayo...

CONDE. ¡Dichosa semana! Tres dias de campo seguidos en aquella quinta...

MATILDE. Cuyo valor me ayudaron á consumir mis buenos amigos...

PEDRO. ¿Cómo? ¿Vendió usted?

MATILDE. ¿Qué pregunta? ¿Despues que se ha almorzado usted el importe? La quinta nos duró una semana; la expedicion á las playas de San Sebastian acabó con mis olivares de Andalucia.

CONDE. Asi ardian de aquel modo las mil luces de la sala.

MATILDE. Mi viaje á Paris me ha librado de la incomodidad de tener inquilinos.

PEDRO. ¿La casa de la calle del Arenal?

CONDE. Se ha convertido en arena.

MATILDE. Desde que comenzó el invierno mi plan no marcha, vuela... Cada fiesta concluye con una de mis fincas.

PEDRO. ¿Y al fin de la jornada qué le quedará á usted, señora?

MATILDE. El corazon de Ricardo.

FELIPE. ¿Y si al verla á usted... sin coche, ni casa, ni olivares, ni quintas... se arrepiente?

MATILDE. ¡Oh! que vulgaridad... ¡Ah! perdone usted si la frase...

FELIPE. Señora, se moja uno tanto cuando anda á pie... y se

pasan tan malos ratos cuando hay que buscársela...

MATILDE. ¡Qué horror! El cariño...

FELIPE. ¡Es muy sabroso cuando se come á dos carrillos!

MATILDE. ¿De dónde ha sabido este señor? (Al Conde.)

CONDE. De las amarguras de la pobreza.

MATILDE. ¡Ah! Ricardo. (Mirando al fondo.)

CONDE. Qué chasco la espera. (Á Felipe.)

FELIPE. En cuanto se acabe el aceite... ¿Y cómo se encuentra?

CONDE. Á oscuras.

ESCENA III.

DICHOS, RICARDO.

RICARDO. Afortunado en amores...

CONDE. Desgraciado en el juego...

RICARDO. En eso venia pensando... Que el refran no quiere cumplirse esta noche. Vengo de la sala de ecarté, y por mas que he hecho no he podido perder ni un escudo.

CONDE. ¿De modo que has ganado?

RICARDO. Creo que si.

CONDE. Pues á mí me sucede lo contrario. Hace mucho tiempo que no puedo ganar...

MATILDE. ¿Por qué?

CONDE. Señora, porque no tengo ya nada que perder.

PEDRO. De modo que habrá usted comenzado á ser dichoso.

CONDE. Tan dichoso como el que se ahoga sin tener un clavo...

FELIPE. Ese clavo es de oro y pronto podrá usted asirse de él.

PEDRO. ¿Qué quiere usted decir?

MATILDE. Ricardo. (Con ternura.)

RICARDO. Espera ¿voy á saber?

FELIPE. Dentro de pocos dias podrá usted satisfacer todos sus créditos y tener una fortuna que disipar de nuevo.

CONDE. ¿Pagar mis deudas? ¿Y quién se encargará de ese milagro?

FELIPE. El señor don Pedro de Hinestrosa.

PEDRO. ¡Yo! ¡Ave Maria purísima!

MATILDE. ¡Ricardo!

RICARDO. Ya voy...

CONDE. ¡Já, já! ¡otra novela!

FELIPE. Cuyo desenlace será mas feliz.

PEDRO. Pero hombre, explíquese usted, porque ni en chanza...

FELIPE. ¿Le gusta á usted oir tales cosas? Pues bien, dentro de algunos dias sabremos cuanto produce una suma de cincuenta mil duros impuesta con escritura de hipoteca en las cajas de un banquero, listo, muy listo, por un plazo de quince años!

PEDRO. ¡Cincuenta mil duros!... (Turbado.)

FELIPE. En quince años... deben hacer lo menos al ocho por ciento sobre tres millones de reales.

PEDRO. ¿Y qué es lo que usted quiere decir?... Conoce usted á la persona que impuso?...

FELIPE. Un poco...

PEDRO. ¿Será tal vez? (Á Felipe.)

FELIPE. ¡Silencio! Ya hablaremos... (Bajo.)

RICARDO. Pero, chico, ¿qué enigma es este? (Al Conde.)

CONDE. No sé; el señor se empeña en que vuelva á ser rico, y yo le dejo con su tema.

RICARDO. ¡Hermosa mia!... Has dado ya la órden para abrir el bufet? (Á Matilde.)

MATILDE. ¿Yo creia que ibas á hablarme?... No; espero todavia un convidado.

RICARDO. ¿Quién?

MATILDE. ¡Un extravagante!

CONDE. Esta noche se han citado aqui todos, por lo visto.

MATILDE. Un americano poderoso que me ha suplicado que le invite á la fiesta del modo mas original del mundo.

LOPEZ. Sepamos... Si no hay inconveniente...

MATILDE. Ninguno. Aqui está su carta. (La toma de encima de un velador y lee.) «Señora; he oido decir que usted es tan amable, que abre las puertas de sus salones á todo cuanto »hay de notable en Madrid. Yo tengo diez mil duros que

»gastar por dia. Si esta circunstancia es bastante para »que usted me considere como persona distinguida, la »ruego que se digne invitarme á la fiesta que da hoy »en su casa.»

TODOS. ¡Diez mil duros!

FELIPE. ¡Diez mil duros por dia!

CONDE. ¡Qué hombre tan notable!

PEDRO. ¡Diez mil duros!... setenta y tres millones al año. ¡Eso no es verdad!

FELIPE. Hay quien se trae de América...

RAMIREZ. Con que comprar media España.

PEDRO. Que es la que mas produce.

CONDE. ¿Y ese millonario se llama?

FELIPE. Sí, veamos la firma.

CONDE. Si es que sabe firmar.

PEDRO. Esa fortuna revela...

CONDE. Que cuando puede con esa carga de oro, debe ser un...

MATILDE. La firma es tambien curiosa. Aqui dice únicamente «Tomás.»

PEDRO. ¡Tomás!

FELIPE. ¡Tomás! ¡Yo conozco un Tomás!...

ESCENA IV.

DICHOS, TOMÁS con un traje exagerado en su hechura, una corbata con grandes picos, camisa muy bordada con enormes botones de diamantes, chaleco muy largo, una cadena de reloj enorme y muchas sortijas.

TOMÁS. ¡Tomás! ¡Yo soy! el mismo que viste y calza.... (con una cortesia.) ¡Dios guarde á ustedes, señoras y caballeros! (Sensacion general.)

CONDE. Pero si es...

RICARDO. ¡Que miro!

FELIPE. Es él... No hay duda.

TOMÁS. No hay que asustarse. Soy el que ustedes se figuran en cuerpo y alma. Tomás, el tio Tomás el quinquillero.

LOPEZ. ¡El quinquillero de la calle del Cofre!

MATILDE. Usted es un... ¡já! ¡já! ¡un quinquillero!

TOMÁS. Si, señora... pero tranquilícese usted... la fortuna se ha encargado de hacer de mí lo que se llama un personaje... hoy soy un quinquillero que puede gastar diez mil duros por dia.

CONDE. ¡No puede ser! Estará borracho. (Á D. Pedro.)

PEDRO. ¿Pero qué ha hecho usted desde que no le veo?

TOMÁS. Seguir jugando.

LOPEZ. Se burla de nosotros... Imposible que tenga...

CONDE. Señores, yo creo que debemos hacerle comprender... (Á Matilde y á los demas.)

LOPEZ. Si, que su figura y su presencia...

TOMÁS. (¿Qué querrán hacerme? Humillarme? Voy á ver si los hago yo besarme los pies.) Señores, yo no quiero interrumpir la fiesta. (Saca un pañuelo de seda encarnado del bolsillo del pantalon y al sacarle, como si no se apercibiera de ello, caen al suelo varios billetes de banco.) Si ustedes se disponian...

CONDE. Que se le caen á usted los billetes... (Bajándose al suelo.)

FELIPE. ¿Qué hace usted? (Bajándose.)

PEDRO. (Recogiendo.) ¿Pero qué dineral trae este hombre?

TOMÁS. Señores, por Dios, quien se baja á coger esos papeles... (Recogen á su alrededor, y se los entregan.)

MATILDE. ¡Já! ¡já! qué ocurrencia... ¡Ay!

TOMÁS. ¿Qué es eso, señores?

MATILDE. Que se me ha caido una pulsera... (Mirando al suelo.)

RICARDO. ¡Una luz! (Se dirige á un candelabro.)

TOMÁS. (Encendiendo los billetes.) No se moleste usted, aqui hay una.

PEDRO. ¡Jesus, que son de mil reales!

LOPEZ. (Queriendo quitárselos.) ¿Qué hace usted?

FELIPE. ¡Quinientos duros!

TOMÁS. ¿Qué menos ha de valer la luz con que se alumbre á una señora?

CONDE. ¡Magnífico rasgo... magnífico!

TOMÁS. (Recogiendo la pulsera y entregándosela.) Señora, perdone usted si la he hecho oler á papel quemado.

TODOS. ¡Bravo! ¡bravo!

TOMÁS. (¡Ya me aplauden! Y hace un rato querian irse...) ¡Gracias!

PEDRO. Pero mi querido Tomás, cómo se explica esa renta... yo no le he entregado á usted mas que...

TOMÁS. Bien, yo he triplicado la cantidad, y como yo me he propuesto gastarla en dos semanas, salen á diez mil duros por dia.

MATILDE. (Á Ricardo.) ¡Qué original! Es un hombre de corazon.

RICARDO. No te creia tan poderoso...

CONDE. Y será capaz de hacerlo como lo dice...

LOPEZ. ¡Es un hombre de genio!...

PEDRO. Y cómo ha mejorado de figura... Qué maneras tan...

CONDE. (Á D. Pedro.) Tan millonarias.

RAMIREZ. Y la cadena es preciosa.

TOMÁS. Si fueran asi las del absolutismo no tratariamos de romperlas.

LOPEZ. Señores, qué cosa tan profunda.

RAMIREZ. Qué rasgo de talento.

TOMÁS. (¿Á que soy un sabio sin saberlo?)

CONDE. ¿Qué sastre le viste á usted, amigo Tomás?

TOMÁS. ¡El Banco!

FELIPE. (¿Pero este hombre de dónde ha sacado?...) ¡Podrá usted recomendarme á él?

TOMÁS. (Reparando.) (¿Tambien está aqui este pájaro?) No puede ya con los parroquianos.

CONDE. Por eso se colocan á la puerta á esperar...

TOMÁS. (Volviéndose y señalando al frac.) Y todas las prendas las saca con cola.

RAMIREZ. ¡Já! ¡já! ¡Qué ingenio!

TOMÁS. (Á Ricardo.) Pero Ricardo, yo he venido principalmente por conocer á la señora de la casa, y todavia no me has presentado á ella.

MATILDE. Usted se presenta siempre bien.

TOMÁS. Señora, yo trato de suplir mi falta de palabras con mi sobra de acciones.

CONDE. ¿Acciones de minas?

TOMÁS. No, de hombre honrado. ¿Tiene muchas que vender? Yo las compro todas.

CONDE. Señor quinquillero, si á usted le parece. Pues como iba diciendo... Desde que he sabido que usted se ha propuesto deshacerse de su fortuna deseo conocerla. Yo creia que nadie pensaba como yo en ese particular, y me encuentro conque usted camina delante. Yo empiezo mi obra y usted se halla á punto de concluirla. Usted tiene mas corazon que yo y por eso he pedido licencia para admirarla.

TOMÁS. ¡Oyes lo que dice? Es casi una declaracion... Qué bueno fuera... (Á Ricardo.)

RICARDO. ¿Estás loco?

MATILDE. Señor Tomás, yo agradezco mucho el sentimiento que le trae á mi casa, y creo que para ser un hombre distinguido solo le falta á usted...

TOMÁS. ¿Hablar mejor?

MATILDE. No, cambiar de sastre.

TOMÁS. Señora...

MATILDE. Es preciso que llame usted mas la atencion por sus hechos que por su corbata.

RICARDO. ¡Já, já! ¡Es verdad!

CONDE. ¡Está picado! tiene ya celos. (Á Felipe.)

TOMÁS. Baronesa, prometo seguir su consejo, y no recibir de hoy en adelante mas que sus órdenes.

PEDRO. ¡Bueno! ¡bueno! (Suena la música dentro.)

RAMIREZ. ¡La música! ¡Las últimas habaneras antes del Bufet!

FELIPE. ¿Viene usted al salon? (Á Tomás)

CONDE. Si, si, qué gran efecto!

TOMÁS. No, no... Si esta señora me lo permite, mientras ustedes bailan como peonzas, yo hablaré un momento con Ricardo.

MATILDE. ¿Con Ricardo?

TOMÁS. Se lo devuelvo á usted en seguida... Necesito decirle dos palabras.

RICARDO. ¿Á mí? cuando usted quiera.

MATILDE. Vamos, señores... (El Conde la da el brazo.) Hasta luego.

(Á Ricardo.)

RICARDO. ¡Adios! voy al momento.

ESCENA V.

TOMÁS, RICARDO

TOMÁS. Veo que estás muy enamorado de esa señora...

RICARDO. Estoy loco por ella. Es un corazon todo sentimiento.

TOMÁS. ¿Qué tiempo estuvo casada con tu antecesor?

RICARDO. ¡Vaya un recuerdo! Qué se yo... cinco años...

TOMÁS. No, cinco dias...

RICARDO. ¿Qué dices?

TOMÁS. Que el viejo marqués se casó con ella, *in artículo mortis...*

RICARDO. Yo ignoraba...

TOMÁS. ¡Pues lo sabe todo el mundo! Y qué bien dicen que bailaba la jota en el teatro del Balon de Cádiz.

RICARDO. Si... pero era un ángel.

TOMÁS. Un ángel que bailaba la jota... ¿Y qué habrá sido de aquella tia con cara de coracero que la acompañaba entonces?

RICARDO. Te ruego que...

TOMÁS. ¿Qué no recuerde la historia de tu futura?

RICARDO. ¿Qué me importa su pasado?

TOMÁS. Pues es lo primero que debe mirar todo marido.

RICARDO. Una mujer que derrocha su fortuna... que representa la odiosa memoria del hombre...

TOMÁS. Que la sacó de las tablas. Es una ingratitud y una locura.

RICARDO. ¿Locura? Un rasgo sublime que admiran...

TOMÁS. Todos los que ayudan á comérsela.

RICARDO. Un rasgo que la rehabilita... ¿quién habrá que se atreva á hablar de ella cuando despues de tanta abnegacion la mire casada conmigo?

TOMÁS. Todo el que la haya conocido antes de casarse.

RICARDO. ¡Oh! no me ofendas...

TOMÁS. Si pienso hacer mas que eso. Pienso quitártela.

RICARDO. ¡Já, já! ¿Estás loco?

TOMÁS. Pienso suplantarte. Si quien se va á casar con ella, soy yo, y muy pronto.

RICARDO. La riqueza te ha hecho perder el juicio. ¿Y en qué tiempo calculas tú que podrás desbancarme?

TOMÁS. En cuatro dias.

RICARDO. ¡Qué plazo tan largo!

TOMÁS. En cuatro horas... Esta misma noche...

RICARDO. Nuevo don Juan Tenorio, ¿de qué modo piensas demostrarme que reinas en su corazon?

TOMÁS. Fácilmente. ¿Qué prendas tienes suyas?

RICARDO. ¡Ah! no me hables... Un guante que se la cayó la primera vez que la declaré mi amor.

TOMÁS. Un guante usado. ¿Qué mas?

RICARDO. Un rizo.

TOMÁS. De pelo de sus criadas. ¿Qué mas?

RICARDO. Diez cartas.

TOMÁS. Copiadas de una novela. ¿Y nada mas?

RICARDO. Nada...

TOMÁS. ¿Y tú, qué le has dado en cambio?

RICARDO. Una sortija que lleva puesta. Una pulsera con la fecha del dia en que la conocí, y mi corazon.

TOMÁS. Pues todos esos objetos, incluso tu corazon, te los devolveré dentro de una hora.

RICARDO. ¡Já! ¡já! ¡Loco de atar. Pobre Tomás el quinquillero.

ESCENA VI.

DICHOS, MATILDE.

MATILDE. ¡Ricardo! ¿Has concluido?... ¿Qué risa es esa?

RICARDO. ¿Siento no porder revelarte?...

MATILDE. Pues ahora deseo mas saber la causa.

RICARDO. No puedo... mientras Tomás...

TOMÁS. Por mi parte no hay inconveniente... Cuenta, cuenta...

RICARDO. ¿No temes?

TOMÁS. Al contrario, eso ayuda...

MATILDE. ¿Y bien, de qué se trata?

RICARDO. De que Tomás... El buen Tomás está perdidamente enamorado de tí.

MATILDE. ¿Este señor?...

TOMÁS. (Muy sereno. Si, señora, si...

RICARDO. Tus gracias le han trastornado... han hechizado su corazon.

MATILDE. (Riendo.) ¿De veras?

TOMÁS (Muy tranquilo.) Si, señora, si...

RICARDO. Y es tal la violencia, la impetuosidad de su amor, que debe vencer todos los obstáculos, y asegura que tú misma le has de corresponder á su loca pasion antes de... perdona si te lo digo... de cuatro horas...

MATILDE. (Riendo.) ¿Antes de cuatro horas?

TOMÁS. Si, señora, si...

MATILDE. ¡Já! ¡já! ¡já! (Riendo y jugando con el abanico.)

RICARDO. ¡Já! ¡já! ¡já!

MATILDE. Pero amigo Tomás, en tampoco estima usted mi conquista que cree que bastarán...

TOMÁS. Si, se... (Reprimiendo.) No en tanto estimo la fuerza de mi amor...

MATILDE. ¡Ah!

TOMÁS. En primer lugar, Ricardo me ha hecho andar la mitad del camino.

RICARDO. ¡Yo!

TOMÁS. Quién lo duda. Yo me hubiese visto muy aturrullado para declarar á esta señora mi pasion, y tú lo has hecho por mí en frases tan bellas como mis sentimientos. La baronesa sabe ya que la adoro. ¿Te parece que no estoy ya adelantado?

MATILDE. ¡Ya! ¡Qué hombre tan singular!

TOMÁS. Ahora si me dejas...

RICARDO. ¿Es preciso que me vaya?

TOMÁS. Yo espero que la baronesa me hará el honor de oirme un instante...,

RICARDO. ¿Qué dices? (Á Matilde.)

MATILDE. Que aunque no sea mas que por curiosidad...
RICARDO. Bravo. Está dicho... Tomás, te abandono la plaza. Cómo te vas á divertir... (Á Matilde.) voy á contarlo... ¡Já, já, já!

ESCENA VII.

MATILDE, TOMÁS.

MATILDE. Vamos, amigo Tomás... (Sentándose.) las hostilidades estan abiertas... Heme aqui á la defensiva... Que empiece el fuego...
TOMÁS. Va á empezar... ¡Hum! ¡Hum!
MATILDE. ¿Está usted constipado?
TOMÁS. Un poco... (Balanceándose en una silla.) Señora baronesa, si yo me propusiera hablarla á usted de amor, la haria reir...
MATILDE. ¿Pues qué se propone usted? ¿Hacerme llorar?
TOMÁS. Quién sabe... Señora, yo no puedo consentir que usted ruede hácia un abismo...
MATILDE. Muchas gracias por el interés; pero en el fondo de ese abismo se encuentra ..
TOMÁS. El ridículo y el desengaño.
MATILDE. ¡Qué filósofo!
TOMÁS. Nada de filosofia... Conozco á Ricardo desde que vino al mundo... y tengo la seguridad de que antes que llegue al fin de la novela ya se habrá cansado de ella.
MATILDE. ¿De veras?
TOMÁS. Entre tanto la ruina de usted está sirviendo de diversion á cuantos la conocen.
MATILDE. ¿De diversion! ¿Y por qué?
TOMÁS. Señora, porque no pueden perdonarla á usted su orígen... Sus amigas estan cansadas de verla á usted rica baronesa, y desean abonarse al teatro del Balon...
MATILDE. ¿Al teatro?
TOMÁS. Si, porque esperan volverla á ver repicando las castañuelas.

MATILDE. ¡Cómo! Eso dicen?

TOMÁS. Eso subian diciendo por la escalera algunas de las que tiene usted esta noche en su casa.

MATILDE. La marquesa tal vez. (Picada.)

TOMÁS. La misma que viste y calza. Una jorobadita con cara de pecado mortal era la que llevaba la voz y las demas reian á carcajadas.

MATILDE. ¡Ah! infame... La duquesa de Tovar... siempre me ha odiado de muerte.

TOMÁS. ¿Qué cosas se le ocurrian? Que vende usted los caballos porque no tiene con que mantenerlos. Que da usted bailes para que conozcan los muebles y pueda usted venderlos mejor el dia de la almoneda. Que se casó usted con el señor baron...

MATILDE. ¡Basta! De ese modo aprecian el generoso sentimiento... ¡Ah! ¿y entonces por qué vienen á verme?

TOMÁS. ¡Toma! Porque hoy se va á todas partes donde hay muebles y alfombras y lacayos; pero el dia en que no tenga usted que darles que cenar...

MATILDE. Ese dia me verán en cambio pobre y dichosa casada.

TOMÁS. Casada no la verán á usted, pero pobre tampoco.

MATILDE. ¿Qué quiere usted decir?

TOMÁS. Que yo que odio tambien á esas señoronas porque he salido del fondo de la pobreza, me he propuesto que no se diviertan con usted. Por eso, cada cosa que usted vende yo la compro con ánimo de volvérsela cuando llegue la hora del arrepentimiento...

MATILDE. ¿Qué dice?

TOMÁS. Que cuando Ricardo la abandone entonces vendrá el tio Tomás á decirla: Señora... usted se ha equivocado... ese hombre no merece lo que usted ha hecho por él... pero no se aflija usted, no llore ahora que se vé sin amor y sin fortuna .. Aqui tiene usted lo único que puede hacer que la respeten en el mundo... Aqui tiene usted todo lo que ha vendido...

MATILDE. (¡Este hombre es incomprensible!...)

TOMÁS. Y para cuando llegue ese dia (Sacando varios estuches.) he

recabado los brazaletes de brillantes, el collar de perlas... el cinturon de rubies .. el aderezo... todo cuanto en una hora de locura ha salido de sus manos... (*Sacando unos títulos.*) Ante ayer compré la quinta de que usted se deshizo tan atropelladamente. Conque señora, siga usted echando la casa por la ventana sin miedo, que aqui hay un hombre que la recoge.

MATILDE. ¿Pero qué es esto? ¿qué significa? ¿Está usted enamorado de mí?

TOMÁS. (Vamos, pecho al agua...) Señora, hace mucho tiempo que la admiro... que la adoro... (*Poniéndose de rodillas.*) Que vengan y me vean á sus pies... á los pies de una mujer cuyo corazon le arrastra á la ruina... de una mujer sublime...

MATILDE. ¡Já! ¡já! ¡já! Por Dios levántese usted antes de que entren y le sorprendan... ¡Oh! qué escena tan deliciosa...

TOMÁS. Hace usted bien en reirse; pero es preciso ya decirla la verdad: yo no amo á usted ni ese es el camino, pero quiero como á un hijo á Ricardo y me he propuesto salvarle.

MATILDE. ¡Salvarle!

TOMÁS. Si, señora, los dos caminan ustedes al precipicio... Él, desde que se encalabrinó por usted ha abandonado los libros... la profesion... y se ha entregado al desórden, al lujo y al juego...

MATILDE. ¿De veras?

TOMÁS. Su familia, llena de terror ha acudido á mí... Su madre, á quien él adora... su pobre madre, á quien han enterado de todo las gentes que vienen á esta casa... se ha echado esta mañana en mis brazos, y ahogándose con sus propias lágrimas me ha dicho: «Tio Tomás, usted »que le ha conocido desde niño, sálvele usted... Está »loco... ha dejado la carrera... se ha llenado de deu»das... no piensa mas que en el juego y se quiere ca»sar con una bailarina.»

MATILDE. Con una...

TOMÁS. «¡Oh! si tal hiciera, añadia la pobre madre, antes que »recibir un pedazo de pan de sus manos me moriria en »medio de las calles.»

MATILDE. (Conmovida.) ¡Dios mio!... Y por qué esa oposicion...

TOMÁS. ¿Por qué?... Señora, no me obligue usted á que le repita lo que decia la jorobada.

MATILDE. ¿Qué?

TOMÁS. Que no estuvo usted casada con el señor baron, y que hoy mismo se lo van á decir á Ricardo...

MATILDE. ¡Oh! ¿cómo han sabido?...

TOMÁS. Por su madre... por él... que no sabe lo que se hace... por usted, que no tiene ya mas medio de defenderse que la riqueza, renuncie usted...

MATILDE. Si, si, una bailarina no puede...

TOMÁS. La sociedad no transige... Él mismo, cuando la venda cayera de sus ojos... cuando la miseria asomase descarnada... Cuando las recriminaciones... Quién sabe... El dia menos pensado una pistola pondria fin...

MATILDE. ¡Oh! ¡qué oigo!

TOMÁS. Hay cosas que no acaban nunca de otro modo.

MATILDE. Esto no acabará asi... Hoy mismo... esta noche... le despedire para siempre. (Muy conmovida.)

TOMÁS. ¡Alma generosa! ¡Si usted supiera lo que piensa hacer! no es una existencia la que salva usted... son dos... son tres!... (Se echa á sus pies y la besa las manos.) Ahora es de veras... ahora la admiro.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, RICARDO.

RICARDO. ¡Bravo! ¡bravo!

MATILDE. ¡Ricardo!

TOMÁS. Él... (Bajo.) He apostado que me daria usted la sortija y la pulsera que la ha regalado.

MATILDE. (Id.) Comprendo.

RICARDO. ¡Tomás! esta es una traicion.

MATILDE. ¿Por qué?

RICARDO. Porque tú no debias emplear para convencer á la baronesa mas que argumentos de banquero, y te veo á sus pies... como un amante...

TOMÁS. Cuando se ama de veras...

MATILDE. (Con falsa coqueteria.) (¡Oh! ¡qué sacrificio!...) No se justifique usted, Tomás... Cuando se obra con la delicadeza y la generosidad que usted, no se deben temer las burlas de nadie.

RICARDO. ¡Eh! ¿Qué dices?

MATILDE. Digo que Tomás es un hombre que bajo su ruda corteza abriga un gran corazon y un alma que admiro.

RICARDO. ¿De veras?

MATILDE. Él me ha hecho comprender que nuestro amor... es una locura...

TOMÁS. (Bajo.) ¡Bien! ¡valor!

RICARDO. ¡Una locura!... ¡Qué cambio!... ¡Tú sabes cuánto te amo!...

MATILDE. Ricardo... Sabes tú lo que te dices siquiera... Eso crees, pero... (Reprimiéndose)

RICARDO. ¿Pero qué?... (Con asombro.)

MATILDE. Que la venda ha caido de mis ojos .. Tomás me ha hecho comprender que mi deber es poner un término á una novela... absurda, imposible.

RICARDO. ¿Y tú te has convencido?

TOMÁS. ¿De que tengo razon?

RICARDO. Desearia saber de qué razones se ha valido este millonario... (Con ironia.)

MATILDE. (¡Qué hombres! ¡Ya me insulta!) Tal vez no podrias comprenderlos... Pero mira, hasta donde llega su prevision... Ya sabes que me habia deshecho de mis alhajas. Aqui las tengo... Las ha comprado todas.

RICARDO. ¡Tus alhajas!

MATILDE. Tal rasgo no debe quedar sin premio. (Quitándose la sortija.) Tomás, quiero yo misma ponerle mi anillo como recuerdo de mi gratitud. (Se le pone.)

TOMÁS. Señora... tengo unas manos... Como no sea en el meñique...

RICARDO. ¡Mi anillo!

MATILDE. Ahora tome usted esta pulsera y mande usted borrar esa fecha.

RICARDO. ¡Oh! ¡Basta! Ya me lo explico todo... ¡Quien empezó como tú debia acabar amando á un quinquillero!...

TOMÁS. ¡Já! ¡já! ¡já! Gané mi apuesta, ¡chiquillo!

MATILDE. Algun dia sabrás...

RICARDO. Lo sé todo... Me acaban de decir...

TOMÁS. ¡Silencio!... (Con energia.)

MATILDE. ¡Adios, Tomás! (No pudiendo contener dos lágrimas.) Yo soy la que se ha salvado. (Le da la mano y váse.)

ESCENA IX.

TOMÁS, RICARDO.

RICARDO. ¡Corazon seco!... ¡Mujer de mármol!

TOMÁS. ¡No la insultes!... Esa mujer no podia ser nunca tu mujer... Tú no conoces el mundo... has pasado tu vida sobre los libros... Tu primera pasion no podia menos de ser una locura... Y gracias que yo me he interpuesto antes que tu desgracia fuera inevitable. Ahora, si buscas el verdadero amor... ese amor honrado y puro orígen de la familia... ese corazon de esposa que se convierte luego en un corazon de madre... Ven conmigo y yo te señalaré con el dedo un ángel que suspira por tí noche y dia, mientras malgastas aqui tu vida...

RICARDO. Otra mujer que me engañe...

TOMÁS. ¡Mi Luisa no puede engañar!

RICARDO. ¡Luisa! ¿Qué es lo que dices?

TOMÁS. Que si he pisado estos salones, ha sido por ella... por rescatarte de este cautiverio, que te arrastraba á la deshonra y á la desgracia... Ya lo he conseguido, y hoy que la riqueza me busca y que sé que Luisa

te ama, te pregunto, quieres hacer su felicidad y la tuya?

RICARDO. ¿Pero tú sabes? (Pensativo.)

TOMÁS. ¿Qué te adora?... ¡Oh! vaya si lo sé...

ESCENA X.

LOS MISMOS, el CONDE, LOPEZ, RAMIREZ y FELIPE.

FELIPE. Señor Tomás, hace una hora que le busco por todas partes...

TOMÁS. ¿Á mí? ¿Y qué es lo que usted me quiere?

FELIPE. Necesito dirigir á usted en nombre de mi amigo el señor Conde de la Oliva... un importante mensaje.

TOMÁS. ¡Un mensaje!

FELIPE. Yo sé que el señor Conde ha ofendido en cierto modo á la señorita Luisa, pero si un caballero que lleva uno de los nombres mas ilustres le pidiera á usted la mano de la que adora... ¿se opondria usted á la reparacion?

TOMÁS. ¡Su mano!

FELIPE. ¿Qué haria usted?

TOMÁS. Rehusarla. La mano de Luisa está prometida...

FELIPE. ¿Á quién? (Con altivez.)

TOMÁS. ¿Á Ricardo?

RICARDO. ¿Á mí? (Sorprendido.)

FELIPE. ¿Á Ricardo? (Con ironia.)

RICARDO. ¡Caballero!

FELIPE. ¿Al amante de la baronesa?

TOMÁS. Luisa se casa como á mí me conviene. (Con energia.)

FELIPE. Luisa se casará... como yo quiera... (Con autoridad.)

TOMÁS. ¿Cómo usted quiera?

FELIPE. Conozco los derechos que tiene usted sobre ella: sé que la recogió usted de niña al lado del cadáver de una pobre mujer. Sé que desde entonces no la ha faltado nada, y que se le deben á usted los cuidados que ha tenido con ella; pero por mucho que usted la quiera, nunca será mas que su tutor. Yo soy su padre. (Bajo.)

TOMÁS. Su pa... su padre... (Aterrado, retrocediendo y por lo bajo.)
FELIPE. Mañana en su casa le presentaré las pruebas.
TOMÁS. ¡Las pruebas!... ¿Mañana?... (Aterrado.)
FELIPE. Hasta mañana.
TOMÁS. ¡Su padre!... ¡Dios mio!... ¡Su padre! (Reclinándose en un sillon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

QUIEN A HIERRO MATA...

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, JUANILLO.

LUISA. ¿Pero quién te ha dado esta carta? (Con una carta en la mano.)

JUAN. ¿No le he dicho á usted ya que un señor con muy mala cara?

LUISA. (¡Oh! ¡no puede ser!... Ricardo amante de una bailarina... de una mujer que .. ¿Pero será verdad que quiere casarse con ella?... Si fuera capaz... Y yo he puesto mis ojos en tal hombre!)

JUAN. Pues, señor, ya vuelve á hablar sola. Tengo yo ganas de estar enamorado para ver qué cosa es esa... La marquesa! (Mirando al fondo.)

ESCENA II.

DICHOS, MAGDALENA.

LUISA. Señora... (Corriendo á su encuentro.)

MAGD. ¿Dónde está tu padre? Es preciso que yo le vea... que le hable al momento, ahora mismo...

LUISA. Aqui le tiene usted. (Al ver á Tomás.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, TOMÁS.

MAGD. ¡Ah! gracias á Dios...

TOMÁS. Luisa, y tú, Juanillo, tengo que hablar con la señora marquesa. Vamos, salid pronto.

LUISA. (¿Tendrán que hablar de Ricardo?... ¡Ah! yo quiero saberlo...) (Váse por la derecha.)

JUAN. (Pues yo no me quedo sin oir lo que dicen. (Yéndose por la izquierda.)

ESCENA IV.

TOMÁS, MAGDALENA.

MAGD. He recibido su recado y vengo alarmada. ¿Qué ocurre, amigo mio?

TOMÁS. Señora, es preciso que usted se revista de energia y de valor para saberlo.

MAGD. ¡Dios mio!... Le ha ocurrido alguna desgracia á mi Luisa?

TOMÁS. No; pero la amenaza un grave peligro...

MAGD. ¡Un peligro!

TOMÁS. Señora...

MAGD. ¿Qué?

TOMÁS. ¡Su padre existe!

MAGD. ¡Su padre!... (Con espanto.)

TOMÁS. Don Ernesto de...

MAGD. ¡Imposible! La noticia de su muerte llegó á confirmarse de tal modo, que si yo accedí á la voluntad de mi padre casándome con el marqués de Portal, fué porque me convencí de su evidencia.

TOMÁS. La noticia era falsa... inventada por él mismo al pasar á América... don Ernesto está aquí... acabo de verle y me ha enseñado todos los papeles y pruebas para identificar su persona... Es él... no hay duda... el mismo don Ernesto, el padre de Luisa!

MAGD. ¡Cielos! ¿Será verdad? ¿Ernesto vive?... ¡vive!... No, no puede ser!...

TOMÁS. Y bien, señora, es preciso verle... hablarle... Se empeña en disponer de la mano de Luisa, en que el conde de la Oliva, un perdido, gastador, lleno de deudas, un miserable... se case con ella.

MAGD. ¡Oh! no lo creo... Ernesto no es capaz de hacer semejante eleccion... de querer causar la desgracia de su hija... Un caballero como él... un padre tan cariñoso...

TOMÁS. Han pasado quince años. Los hombres se mudan en el destierro... fuera de la familia...

MAGD. Solo siendo víctima de un error... pero si todo es increible... absurdo...

TOMÁS. Pues bien, él va á venir de un momento á otro... Usted le convencerá... Yo no tengo autoridad ni ascendiente para ello...

MAGD. ¿Que va á venir?... ¿Ernesto va á entrar por esas puertas?...

TOMÁS. Solo sus lágrimas de usted lograrán persuadirle... si él la ha amado á usted realmente...

MAGD. ¡Si él me ha amado!... Pero volverle á ver despues de quince años!... Hallarme en su presencia cuando nos separa un abismo... ¡Ah! ¡Dios mio! Si es cierto que existe dadme valor para soportar su mirada... para contestarle cuando me pregunte, ¿qué has hecho de tu honra y de mi felicidad?

TOMÁS. Señora... ya sube... ¡Vedle!... (Tomás abre la puerta.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, FELIPE.

MAGD. ¡Ernesto! (Corriendo á él.) ¿Quién es ese hombre? (Retrocediendo con horror.)

TOMÁS. ¡Cómo! ¿no es?

MAGD. ¿Quién es este hombre os digo?

FELIPE. Este hombre, señora, se llama Ernesto de...

MAGD. Usted Ernesto de...

FELIPE. Si, señora, el mismo.

MAGD. ¡Usted es un impostor, un infame!...

FELIPE. Señora, semejante acusacion... ¿Quién se atreverá á sostenerla contra mí?

MAGD. Yo, marquesa de Ferral, le repito que no es usted Ernesto de... que no es el padre de Luisa..

FELIPE. Pues, señora marquesa, yo sostengo que no hay mas que una persona en este mundo que pueda asegurar eso... esa persona es la madre de Luisa... Es usted por ventura Magdalena de...

MAGD. (¡Oh! ¿qué he hecho? Me he descubierto ante este hombre...)

TOMÁS. (¿Pero quién puede ser este miserable?)

FELIPE. ¿Conque señora marquesa de Ferral, en que quedamos?

MAGD. ¿Qué interés tiene usted en su impostura?

FELIFE. El interés de padre... (¡Un interés de un millon!)

MAGD. Yo ignoro por qué abusa usted de nosotros con un secreto que ha sorprendido... Pero escuche usted, si no es mas que dinero lo que usted busca ¿qué es lo que quiere?

FELIPE. (Influjo y plata.) Señora marquesa, comprendo que haya quien se niegue á reconocerme, quien lleve su osadia hasta negarme, pero he dado mi palabra y el Conde de la Oliva será esposo de Luisa.

MAGD. ¡Jamás!

FELIPE. ¿Quién podrá impedirlo? Cuando yo pruebe que es mi hija... ¿quién la arrancará de mi poder?

MAGD. (¡Qué tormento!) Pero esa prueba...

FELIPE. El tiempo ha alterado mis facciones; pero todos mis papeles y documentos estan aqui gritando que yo soy Ernesto de...

MAGD. Pero esos papeles pueden ser falsos...

FELIPE. ¿Falsos?

TOMÁS. Ó robados...

FELIPE. Pues bien, yo presentaré hoy mismo todos mis documentos á un abogado, á su esposo de usted, por ejemplo, que tan gran reputacion disfruta en el foro, y él dirá si son legítimos.

MAGD. ¡Á mi marido!

FELIPE. Él examinará los papeles relativos al nacimiento de Luisa, y usted, que conoció por lo visto á la madre, podrá decir á su marido de quién es la letra de la nota que sirvió para la partida de bautismo. Entonces podrá usted decirle: «Este hombre no es el padre de mi hija.»

MAGD. ¡Oh! (Queriendo arrodillarse.) Quien quiera que usted sea apiádese de esta madre desventurada. Fortuna, vida... todo estoy pronta á darlo por mi hija.

FELIPE. Todo es inútil... El Conde se casará mañana con Luisa.

MAGD. ¡Oh! ¿no se ablanda su corazon ante una madre que muere de dolor! (Llorando.)

TOMÁS. Si sospechara siquiera que eras un impostor, te aplastaba como á un reptil. (Avanzando y enseñándole los puños.)

FELIPE. Nada de amenazas... No soy de los que se asustan... La ley me ampara... Dentro de media hora volveré para llevarme á mi hija! (Á Magdalena y sale.)

ESCENA VI.

TOMÁS, MAGDALENA.

TOMÁS. Ese hombre es un falsario... un malvado... Me lo anuncia el corazon.

MAGD. Quién lo duda ¿pero cómo se lo probamos? Si al morir Ernesto en América le robó los papeles... ¿quién le contradice cuando los presente? ¡Oh! ¡hija del alma! Te encuentro para verte sacrificada al éxito de algun infame complot...

TOMÁS. Calle usted, señora... Ahora me ocurre... (Como herido de una idea.)

MAGD. ¿Qué?

TOMÁS. Cuando la pobre Eugenia me confió al morir á Luisa, me entregó una cartera que contiene un pliego cerrado que yo no debo abrir, hasta que Luisa no cumpla diez y ocho años.

MAGD. El pliego que yo la entregué...

TOMÁS. ¿Pero usted sabe qué contiene?

MAGD. No, le recibí tambien cerrado. Sin embargo segun creo son papeles relativos á la imposicion de un capital...

TOMÁS. ¿Y quién sabe si arrojarán alguna luz para defendernos de esa hiena...

MAGD. No lo espero.

TOMÁS. Pues ahora mismo vamos á saberlo... La fecha no ha cumplido; pero antes que todo es indagar... Vuelo allá arriba y el cofre grande debe estar guardado...

MAGD. No me opongo á lo que usted intenta, pero no abrigo ninguna esperanza... Otro medio, Tomás... si hubiera otro...

TOMÁS. Apuremos este, y cuando no haya ninguno, aun queda...

MAGD. ¿Qué?

TOMÁS. ¡La huida! ¡Diez minutos!...

ESCENA VII.

MAGDALENA, LUISA.

MAGD. (Al verle salir.) ¡Qué alma tan bella!

LUISA. (Todo lo he oido... ¡Es mi madre! ¡mi madre!... (Acercándose muy despacio y mirándola con ternura.) ¡Oh!... yo

quisiera llamarla madre mia... abrazarla.)

MAGD. (Volviéndose.) ¡Ah! ¿tú aquí, hija mia! ¿Pero qué tienes? Estás pálida... temblando... ¡Cualquiera diria que has llorado! (La abraza y Luisa la estrecha á su vez con frenesí.) ¿Por qué me abrazas de este modo?

LUISA. ¡Porque la quiero á usted mucho!... ¡mucho!...

MAGD. ¿Te acuerdas de Ricardo?

LUISA. En este instante no me acuerdo de nadie. ¡Nunca he sido mas dichosa!

MAGD. Tú le amas, sin embargo, y pronto serás su esposa.

LUISA. No lo seré nunca.

MAGD. ¿Por qué?

LUISA. Porque él ama á otra.

MAGD. ¿Quién te ha dicho?...

LUISA. Lo sé... He tomado mi resolucion y sabré cumplirla.

MAGD. Mira no te pese algun dia... no te arrepientas.

LUISA. ¿Arrepentirme? Yo no amaba en él mas que su honradez, su energia para el estudio, su valor para luchar con la miseria; pero el dinero ha destruido todas sus cualidades, agotado sus virtudes... y se ha llenado de orgullo. Aquella alma sencilla y buena que yo adoraba, es hoy presa de la corrupcion y del egoismo. ¡Oh! me lo han contado todo... todo.

MAGD. ¿Pero tu padre conoce tu resolucion?

LUISA. No, señora.

MAGD. ¿Qué dirá entonces él, que ha luchado contra todos los obstáculos y hasta contra su mismo corazon para facilitar tu casamiento, cuando sepa?...

LUISA. ¿Contra su mismo corazon? No comprendo.

MAGD. Si, Luisa, porque ese hombre del pueblo, ese honrado artesano que te ha recogido y educado, cuando te veia crecer tan bella, tan inocente, se miraba en tí con la ternura de un padre; pero poco á poco sintió trasformarse su cariño... Un dia fué á abrirte su corazon, y en ese dia le revelaste que amabas á otro... Al oirte, ahogó su secreto en el fondo de su pecho, y ocultando sus lágrimas se dijo: «¿Qué importa que yo me sacri-

»fique si consigo hacerla dichosa?» ¡Ah! estaba escrito en el cielo que ese gran corazon sufriria pòr tí todas las penas sin que tú lo supieras nunca.

LUISA. ¿Tomás enamorado de mí?... Y yo sin sospechar... Cuántas veces he debido atormentarle... ¡Ah! es preciso... (¡Dios mio! ¿y cómo salvo entonces á mi madre! ¡Antes es ella!)

MAGD. ¿Qué piensas?

LUISA. Que ese amor no es mas que la exaltacion de su cariño paternal... ¡Ya verá usted cómo se alegra cuando sepa que al olvidar á Ricardo he hecho otra eleccion!...

MAGD. ¡Otra eleccion!...

LUISA. Si, deseo casarme con un hombre á quien amo... á quien estoy segura de amar siempre.

MAGD. ¿Quién es?

LUISA. El Conde de...

MAGD. ¡El Conde de la Oliva! Imposible... Esa idea no es tuya...

LUISA. Yo le respondo...

MAGD. Esa idea te ha sido impuesta...

LUISA. No, señora.

MAGD. Te han enterado de mi situacion... Intentas sacrificarte por mí... Todo lo comprendo.

LUISA. No lo crea usted... Hace tiempo que le conozco...

MAGD. ¡Tú te sacrificas porque... porque conoces el nombre de tu madre!...

LUISA. Ma... má... Yo no sé lo que usted me dice...

MAGD. No me comprendes y tiemblas... No sabes lo que te digo y lloras... Pues bien, sábelo de una vez... Yo te abro mis brazos... ¡Ven á ellos, hija mia!

LUISA. ¡Madre de mi alma!... (Abalanzándose á ella.)

MAGD. ¡Hija de mi corazon! Tu primer pensamiento al conocerme, ha sido sacrificarte por mí... ¡Oh! yo soy quien debe salvarte y te salvaré, lo juro... ¿Quién te arrancará de mis brazos?...

ESCENA VIII.

DICHAS, FELIPE que ha oido las últimas palabras.

FELIPE. ¿Quién? yo, la ley...

MAGD. (Con energía.) ¡Ah! ya no le temo á usted... Puede usted dirigirse cuando quiera á mi marido y revelárselo todo.

FELIPE. Señora...

LUISA. ¿Qué dice usted, madre mia?

MAGD. Digo, que si él no se lo dice yo se lo diré... Que me castigue, que me arroje de su casa, que me mate, qué me importa si logro salvar á mi hija?

LUISA. ¡Ah! ¡nunca!... Yo no lo consiento. (Abrazándola.)

FELIPE. Pura exaltacion... No se asuste usted, señorita... Cuando su madre de usted reflexione lo que dice...

MAGD. ¡Miserable impostor!... ¿Cree usted que despues de haber llorado quince años noche y dia la pérdida de este ángel... iré á condenarla á una vida entera de lágrimas y pesares? ¿Qué sabe usted de lo que es capaz el corazon de una madre? Tú has sufrido demasiado, hija mia; ahora me toca á mí ..

LUISA. (Arrodillándose.) ¿Tú perderte por mí? Guardarás tu secreto, ¡no es verdad, madre mia?

MAGD. Levántate... Estoy resuelta... (Con firmeza.) Mi felicidad consiste en vivir contigo... En que me arrojen de mi casa para recogerme en la tuya. (Á Felipe.) Cuando usted quiera, venga á reclamar esos derechos... Aqui está la única que puede negarlos... (Se dirige al fondo.)

FELIPE. Puesto que usted lo quiere, vamos...

ESCENA IX.

DICHOS, TOMÁS.

TOMÁS. Alto, amigo mio, alto.

LUISA. ¡Ah!

MAGD. ¿Qué ocurre?

TOMÁS. Que tenemos que hablar dos palabras este caballero y yo... Estoy seguro de que vamos á entendernos.

MAGD. ¿Y ha descubierto usted?... (Bajo.)

TOMÁS. No sé... retírese usted con Luisa... un momento. (Las lleva hácia la derecha.)

ESCENA X.

TOMÁS, FELIPE.

FELIPE. ¿Qué tiene usted que decirme?...

TOMÁS. Cachaza... un poquito de cachaza... (Cierra la puerta del fondo.)

FELIPE. ¿Qué hace usted?

TOMÁS. Cerrar las puertas para que no nos incomoden las visitas...

FELIPE. Despache usted pronto...

TOMÁS. Si usted supiera lo que tengo que decirle, no tendria tanta prisa... Con que usted es don Ernesto de... ¿no es verdad?

FELIPE. ¿Estamos todavia en eso?

TOMÁS. ¿Puede usted asegurarlo bajo juramento?

FELIPE. Puedo hacer mas, que es probarlo.

TOMÁS. Bien... Puesto que usted es don Ernesto de... conocerá usted estos papeles, todos estan de su puño y letra. (Abre la cartera que le entró Eugenia.)

FELIPE. De mi puño y letra...

TOMÁS. ¿Ya reconoce usted?... Son los papeles que de parte de usted entregaron á la pobre que crió á la niña, ¡á Eugenia!...

FELIPE. ¡Eugenia!...

TOMÁS. (¿Qué es esto? ¡Se ha estremecido!...) Eugenia, si señor, Eugenia, á quien se le confirió la niña cuando usted huyó de España hace quince años.

FELIPE. ¿Y bien?

TOMÁS. ¿Quiere usted que los examinemos juntos? Hé aqui la

carta que usted escribia á Luisa para que la leyera cuando fuera grande. «Te dejo, hija mia, en poder de »don Pedro Hinestrosa.» (Poniéndole el papel debajo de los ojos.) Lea usted, que esta parte es agradable.

FELIPE. (Leyendo.) Una suma de cincuenta mil duros, que conservará en su poder quince años.

TOMÁS. Eso se llama prevision... Qué buen padre es usted.

FELIPE. «Es decir, hasta que cumplas diez y ocho años, que »entrarás en posesicn de ellos, con el aumento de inte»reses.»

TOMÁS. Aqui está la escritura... Siga usted, que ya empieza lo interesante.

FELIPE. «Tal vez no vuelvas á ver á tu padre... Si hoy te aban»dona, acaso para siempre, es porque me acusan del »crimen...»

TOMÁS. ¡Adelante!

FELIPE. «De traicion al frente del enemigo...» Estoy condenado. .

TOMÁS. Vamos, yo seguiré; no se le trabe á usted la lengua. (Leyendo.) «Estoy condenado á muerte.»

FELIPE. ¿Á muerte?

TOMÁS. Como que entregó usted un fuerte al ejército carlista con soldados y cañones.

FELIPE. ¡Yo!

TOMÁS. ¡Qué! ¿no se acuerda usted ya de su horrible delito? Sigamos. «Mi cabeza está pregonada y puedo ser pasado »por las armas, donde quiera que me hallen.»

FELIPE. ¡Cómo! ¡Eso no puede ser!...

TOMÁS. Usted mismo lo confiesa... Espere usted... «Cualquiera »puede prenderme y matarme si me resisto, obte»niendo por ello una recompensa.»

FELIPE. ¡Matarme!

TOMÁS. (Con exaltacion.) Si, señor, matarle por traidor... por carlista... matarle como á un perro rabioso, que es lo que voy á hacer yo ahora mismo... (Se abalanza á una cuchilla.)

FELIPE. ¿Qué va usted á hacer? (Retrocediendo.)

TOMÁS. Dáte, traidor... Yo soy liberal, muy liberal; y donde cojo un faccioso, le corto la cabeza... (Yendo á él.)

FELIPE. Deténgase usted, ó grito. (Defendiéndose detrás de una mesa.)

TOMÁS. Grita lo que quieras... Cuando vas á asesinar á todo lo que yo amo en el mundo... Cuando del mismo modo que entregaste el fuerte á los facciosos, quieres ahora entregar tu hija á un malvado, ¿qué he de hacer yo sino aplastarte por infame?

FELIPE. ¡Socorro! ¡socorro! Yo no soy el capitan Ernesto de... ¡Va usted á cometer un asesinato!... Deténgase usted. (Huyendo las amenazas.)

TOMÁS. Que no eres el capitan... ¿Pues quién eres entonces?... ¡Tu nombre!... ¡tu nombre! Siéntate ahí y escribe lo que voy á dictarte. (Deteniéndose.)

FELIPE. Cuando usted quiera. (Se sienta.)

TOMÁS. No tiembles, haz buena letra... Que se entienda... (Dictando.) «Declaro que no soy el capitan Ernesto de... »y que si he usurpado su nombre, es porque le robé.» ¿Se te resiste la palabra? La letra con sangre entra, «porque le robé...»

FELIPE. Yo no escribo eso...

TOMÁS. Á que lo escribes, ¿cuánto apuestas?

FELIPE. Siga usted.

TOMÁS. ¿No lo dije? Como obedecen estos tunantes cuando tienen un cuchillo al cuello. «Porque le robé sus pa»peles cuando murió en América.» Firma. ¿Qué es eso? ¿Qué miro? ¡Felipe!... ¡El asesino de Eugenia!

FELIPE. Si, ¡yo soy el asesino! que va á concluir contigo ahora mismo. (Saltando sobre él y cogiéndole el cuchillo.)

TOMÁS. ¡Ven aqui! no te temo... (Desasiéndose, evitando un golpe de un salto y cogiendo un palo.)

JUAN. ¡Valor, maestro! (Entrando por una ventana.) ¡Aqui estoy yo con una pareja de civiles! (Abre la puerta del fondo y los civiles aparecen. Felipe trata de salir por la derecha y Juanillo le cierra el paso con una pistola.) ¡Atrás, que mancho!

TOMÁS. (Á los civiles.) Hace quince años que una honrada mujer

llamada Eugenia Perez, fué vilmente asesinada: al espirar declaró, que el asesino se llamaba Felipe el Zurdo. Aquí tienen ustedes al criminal.

FELIPE. Aqui estoy. (Adelantándose. Los guardias le atan.)

ESCENA XI.

DICHOS, LUISA, MAGDALENA. Salen precipitadamente y se abrazan á Tomás.

TOMÁS. Hija mia, ya podrás casarte con Ricardo, cuando quieras...

LUISA. He cambiado de pensamiento... amo á otro...

JUAN. ¿Á quién?

LUISA. Á mi salvador... á tí que has sido hasta ahora mi amparo...

MAGD. ¡Y que mañana será tu marido!

JUAN. ¡Maestro! ¡ya puede usted abrazarla!

TOMÁS. Dios mio, ¿qué he hecho yo para merecer? (Llorando.)

MAGD. Ser un hombre honrado.

FIN.

Examinado esta drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice con las supresiones hechas.
Madrid 2 de Octubre de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

Maria.
en 1818.
ı vista de pájaro
ɔre hojuelas.
ı de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
ɔ se entiende, ó un hom-
mido.
contra nobleza.
ɔdo oro lo que reluce.

.

to de enmienda.
ı rio revuelto.
ı y por él.
ɛridas las de honor, ó el
ravio del Cid.
uerta del jardin.
o caballero es D. Dinero.
ı veniales.
s y castigo, ó la conquis-
Ronda.

nvído al Coronel!...
mucho abarca.
erte la mia!
es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.

Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe-
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

a y Medoro.
le buena ley.
ıas feo.

na la Gitana.
y Marte.
Flora.

ɑando.
ariquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
ɔr.

iller.
rino.
yo de una ópera.
sero y la maja.
o del hortelano.
ta y en Marruecos.
en la ratonera.
no mono.
s de carnaval.
rio (drama lírico.)
illon de la Rioja (*Música*)
nde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*.

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

eccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
ɛgundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.	Lucena	Cabeza.
Albacete	Perez.	Lugo	Viuda de Pujol.
Alcoy	Martí.	Mahon	Vinent.
Algeciras	Almenara.	Málaga	Taboadela.
Alicante	Ibarra.	Idem	Moya.
Almeria	Alvarez.	Mataró	Clavel.
Avila	Lopez.	Murcia	Hered. de Andrion
Badajoz	Ordoñez.	Orense	Robles.
Barcelona	Sucesor de Mayol.	Orihuela	Berruezo.
Idem	Cerdá.	Osuna	Montero.
Bejar	Coron.	Oviedo	Martinez.
Bilbao	Astuy.	Palencia	Gutierrez é hijos.
Burgos	Hervias.	Palma	Gelabert.
Cáceres	Valiente.	Pamplona	Barrena.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.	Pontevedra	Verea y Vila.
		Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena	Muñoz Garcia.	Reus	Prius.
Castellon	Perales.	Ronda	Gutierrez.
Ceuta	Molina.	Salamanca	Huebra.
Ciudad-Real	Arellano.	San Fernando	Martinez.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.	Sanlúcar	Esper.
Córdoba	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Coruña	Lago.	Santander	Hernandez.
Cuenca	Mariana.	Santiago	Escribano.
Ecija	Giuli.	San Sebastian	Garralda.
Ferrol	Taxonera.	Segorbe	Mengol.
Figueras	Bosch.	Segovia	Salcedo.
Gerona	Dorca.	Sevilla	Alvarez y comp.
Gijon	Crespo y Cruz.	Soria	Rioja.
Granada	Zamora.	Talavera	Castro.
Guadalajara	Oñana.	Tarragona	Font.
Habana	Charlain y Fernz.	Teruel	Baquedano.
Haro	Quintana.	Toledo	Hernandez.
Huelva	Osorno.	Toro	Tejedor.
Huesca	Guillen.	Valencia	Mariana y Sanz.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valladolid	H. de Rodriguez.
Jaen	Idalgo.	Vigo	Fernandez Dios.
Jerez	Alvarez.	Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Leon	Viuda de Miñon.	Vitoria	Illana.
Lérida	Sol.	Ubeda	Bengoa.
Logroño	Verdejo.	Zamora	Fuertes.
Lorca	Gomez.	Zaragoza	Lac.